

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

← BARCELONA 4 DE JULIO DE 1910 →

Núm. 1.488

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1910



LABORES FEMENINAS, cuadro de Pablo Thomás. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística)

ADVERTENCIA

En el número próximo comenzaremos la publicación de la novela de Gastón Leroux **EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO**. Esta obra, que ha dado á su autor grandísima fama, es como pocas interesante, se apodera del ánimo del lector desde su primer capítulo y le cautiva sin interrupción hasta el final. El éxito de **EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO** ha sido inmenso en Francia y fuera de ella; esto nos ha movido á publicarla en nuestra revista, seguros de que será del completo agrado de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto. — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El notable pintor sueco Bruno Liljefors.* — *Buenos Aires. Las fiestas del Centenario de la independencia argentina.* — *Entierro de las víctimas del «Pluviose».* — *Primer viaje con pasajeros del dirigible «Zeppelin VII.»* — *El emperador Guillermo II en las regatas de Kiel.* — *La fiesta de los felibres.* — *José Pascó y Mensa.* — *Barcelona. Viaje del ministro de Fomento.* — *Panorama escénico para el drama lírico «L'Arlesiana.»* — *Ricardo de la Vega.* — *Minnie* (novela ilustrada; conclusión). — *Los reyes de Bulgaria en París.* — *«Meeting» de aviación en Ruán.*

Grabados. — *Labores femeninas*, cuadro de Pablo Thomás. — *Una alarma, Zorras en el bosque*, cuadros de Bruno Liljefors. — *Retrato de este pintor.* — *La Argentina. Alocución del Dr. Vedia en la plaza de Francia.* — *Manifestación patriótica en la calle de la Florida.* — *Medallas conmemorativas del Centenario* (lámina). — *Calais. Los artilleros colocando los féretros de las víctimas del «Pluviose» en los arzones.* — *La presidencia del duelo.* — *El dirigible alemán «Zeppelin VII.» su vagón de viajeros; interior de este vagón.* — *El emperador Guillermo II de Alemania y el príncipe Alberto de Mónaco á bordo del yate «Meteor.»* — *La reina de los felibres depositando una corona en el busto de Deluns Mantaud.* — *La modelo*, cuadro de Manuel Cusí. — *Antes de la corrida*, cuadro de Juan Dífere. — *El notable dibujante José Pascó.* — *Panorama escénico para el drama lírico «L'Arlesiana.»* — *El ministro de Fomento Sr. Calbatón dirigiéndose al gobierno civil.* — *El ilustre saineiro D. Ricardo de la Vega.* — *El rey Fernando I de Bulgaria y el presidente de la República francesa.* — *«Meeting» de aviación en Ruán* (tres fotograbados.)

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Conflicto internacional en la América del Sur: *Perú y Ecuador*: la mediación de potencias americanas: el arbitraje encomendado al rey de España y la actitud del gobierno español. — *República Argentina y Uruguay*: la navegación y uso de las aguas del Río de la Plata: la próxima elección presidencial en el Uruguay: el nuevo presidente de la República Argentina. — *Paraguay*: situación política y económica: candidato á la presidencia. — *Venezuela*: la elección de presidente constitucional y el Centenario de la independencia: las cuestiones internacionales.

Aludíamos en el último párrafo de la anterior **REVISTA** á la cuestión promovida en la América del Sur con motivo del conflicto que surgió entre Ecuador y Perú.

Hubo días en la primera quincena de mayo en que parecía inminente la guerra. No sólo era de temer que combatieran peruanos y ecuatorianos: Colombia se preparaba para hacer causa común con el Ecuador, Venezuela no ocultaba sus simpatías hacia esta República, se suponía que Chile habría de intervenir más ó menos directamente en contra del Perú y podían también entrar en juego Bolivia y Brasil.

Graves, gravísimas hubieran, pues, llegado á ser las consecuencias de la guerra. Para impedirlo, intervinieron la República Argentina, Brasil y los Estados Unidos del Norte, cuyos representantes diplomáticos acreditados en Lima y Quito ofrecieron mediación amistosa en nombre de los respectivos gobiernos. En las bases propuestas—después de hacer mérito del convenio á que todos estos países de América se adherieron en las Conferencias de la Paz, en la Haya, comprometiéndose á no acudir á las armas sino una vez agotados los medios pacíficos de que la diplomacia dispone para el arreglo de las controversias entre los Estados,—manifestaban los mediadores que era inconcebible que el Perú y el Ecuador pudiesen ir á la guerra por una cuestión de límites que estaba ya sometida al arbitraje; que no podía aceptarse, sin desdoro para la civilización de América, que ha reconocido el principio arbitral como una de las conquistas del derecho de gentes, que el arbitraje fuera rechazado antes de expedir el laudo; que si el Perú y el Ecuador retiraban sus fuerzas de la frontera y paralizaban los preparativos belicosos, podían esperar tranquilos la solución arbitral de su pleito de límites; que si por alguna circunstancia *ésta* (es decir, la solución arbitral) *no se produjera*, los países amigos que ahora ofrecen sus buenos oficios procurarían que hubiera alguna inteligencia honrosa entre el Ecuador y el Perú.

Estas mismas ideas se expresaban después en las notas oficiales que suscribieron los representantes de cada una de las tres potencias mediadoras y que, aceptadas por las dos repúblicas contendientes, evi-

taron el choque entre las tropas de una y otra, puestas ya en pie de guerra en la frontera. «No está de acuerdo, decían, con la recta conciencia aceptar que cualquiera de las partes rechace el laudo antes de ser dictado, porque tal suposición deshonraría á la ilustrada institución del arbitraje, á la cual se han adherido las Repúblicas americanas... Caso de que no haya laudo, ó en caso de que subsiguientemente surjan serias dificultades, los tres gobiernos mediadores tratarán de encontrar solución satisfactoria.»

Como se observa, los mediadores dan una severa lección á la parte ó partes interesadas en el arbitraje que pretenden acudir á las armas, sin esperar á que la sentencia se dicte. Tal conducta es una rebeldía anticipada contra el fallo arbitral, y si prosperase, significaría un fracaso más del principio de arbitraje, fracaso que hay que evitar á todo trance por el buen nombre de las naciones americanas.

Entre tanto ¿qué hace España, á cuyo monarca los gobiernos del Ecuador y del Perú sometieron sus cuestiones de límites para que las decidiera como árbitro de derecho de una manera definitiva á inapelable? Los periódicos de allá nos lo dicen. El ministro de España Sr. Arroyo declara, en nombre de su gobierno, que éste ha acordado aplazar por ahora la expedición del laudo arbitral, esperando que se seren los ánimos, y que si ambas Repúblicas creen posible entenderse directamente, pueden hacerlo, sin temor de desagradar á España.

Se admite, pues, por parte de España y por las potencias americanas mediadoras la posibilidad de que el árbitro no dicte laudo, y también por parte de aquellas la de que, habiendo laudo, surjan dificultades que obliguen á buscar solución distinta á la dictada por el real árbitro.

La cuestión, pues, se complica; entran en ella nuevos términos, porque ahora hay que tener en cuenta, como datos para la solución, el arbitraje del rey de España, la mediación de otros tres Estados, ó sea la República Argentina, Brasil y Estados Unidos, el arreglo directo entre Perú y Ecuador, la ingerencia de Colombia y..., las fuerzas de mar y tierra de peruanos, ecuatorianos y potencias aliadas con éstos.

El arreglo directo, pacífico y definitivo, por convenio ó tratado es muy improbable; precisamente, porque no pudieron entenderse Ecuador y Perú se sometieron al arbitraje del rey de España, y tan poco dispuestos se hallan á una cordial inteligencia que en pleno período arbitral han estado á punto de confiar á las armas la solución del pleito.

Por el momento se ha conjurado el peligro; pero la guerra está latente en la América del Sur. Aunque Ecuador y Perú retiraran tropas de la frontera, las alejan poco y continúan los aprestos militares; permanecen arma al brazo. Colombia, Bolivia, Chile, no desprecian tampoco los armamentos y la instrucción de sus ejércitos; Chile, sobre todo, refuerza sus elementos de combate con poderosa artillería que pide á las fábricas de Krupp, y anuncia concurso para construir un gran acorazado, dos destructores y un submarino.

Del lado del Atlántico, en el Sur de la América meridional, corren vientos menos belicosos. Aparte los temores de movimientos revolucionarios ó anarquistas, que obligaron, como medida de prudencia, á declarar el estado de sitio ó de guerra en la Argentina, hay paz en esta República y en la del Uruguay, y se han arreglado satisfactoriamente las cuestiones de carácter internacional en los ríos ó aguas fronterizas.

En el protocolo referente á la navegación y uso de las aguas del Río de la Plata se hizo constar que los sentimientos y aspiraciones de argentinos y uruguayos son recíprocos en cuanto al propósito de cultivar y mantener los antiguos vínculos de amistad, fortalecidos por el común origen de ambas naciones. Con el propósito de dar mayor eficacia á la precedente declaración y eliminar cualquier resentimiento que pudiera haber quedado con motivo de las pasadas divergencias, convinieron ambos gobiernos en que, no habiendo tenido éstas por móvil inferirse agravio alguno, se las considere como no existentes, y que, por lo tanto, en nada amenguan el espíritu de armonía que los anima ni las consideraciones que mutuamente se dispensan.

La navegación y uso de las aguas del Río de la Plata continuarán sin alteración, como hasta ahora, y cualquiera diferencia que con ese motivo pudiese surgir, será allanada y resuelta con el mismo espíritu de cordialidad y buena armonía que ha existido siempre entre ambos países.

En orden á política interior hay ahora cierta agitación en la República oriental. Discuten los amigos y adversarios del Sr. Batlle y Ordóñez, que aspira á ser

de nuevo presidente, con el apoyo de los colorados y combatido por los nacionalistas que se reunieron en magna asamblea, el 25 de mayo, con objeto de de unificar las varias fracciones en que están divididos.

El actual presidente, Sr. Williman, cesará en marzo de 1911. Ahora pone empeño en agrandar y mejorar el puerto de Montevideo y proyecta establecer nuevas escuelas de instrucción primaria: aspira á que haya en el país una escuela pública por cada 1.000 habitantes.

Pronto entrará en el ejercicio de su alto cargo el nuevo presidente de la República Argentina, señor D. Roque Saenz Peña, el ilustre estadista suramericano, que en estos días ha honrado á España con su visita y ha recibido en Madrid pruebas bien manifiestas del gran aprecio en que le tienen todos los españoles que conocen su historia militar y política.

* *

A este año también corresponde la renovación de presidente en la República del Paraguay.

El vicepresidente en funciones de presidente señor González Navero ha vivido en perpetua alarma, procurando defenderse de tentativas revolucionarias que, además de quebrantar la vida normal del país, eran motivo de controversias con los Estados vecinos, donde los adversarios del gobierno fraguaban sus conspiraciones. En tales circunstancias, los intereses materiales han tenido escaso desarrollo, y la situación económica no mejora; los cambios siguen muy altos, la inmigración está paralizada y los recursos del Estado son insuficientes para acometer empresas de colonización y obras públicas. De junio de 1909 data la autorización concedida al poder ejecutivo para contratar un empréstito, que aún no ha podido realizarse.

El candidato á la presidencia de la República proclamado por el partido liberal es el Sr. D. Manuel Gondra, actual ministro de Relaciones exteriores y Colonización. Es hombre de mucha cultura y de gran autoridad en materia de historia colonial americana. Si es elegido, tendrá que atender á la cuestión de límites con Bolivia, que ha entrado en nueva fase por consecuencia del desistimiento del árbitro que se había designado, el Dr. Figueroa Alcorta, presidente de la República Argentina.

Estas cuestiones de límites en América van siendo tan enojosas y desagradables para los árbitros, que no es extraño que los nombrados renuncien y que llegue á ser difícil encontrar jefe de Estado que se digne aceptar el papel de juez entre partes que no parecen dispuestas á acatar el fallo, si no satisface á todas sus pretensiones.

* *

Ha sido elegido presidente constitucional de Venezuela, por período de seis años, el general Juan Vicente Gómez, el que fué vicepresidente con Castro y le sustituyó como presidente interino.

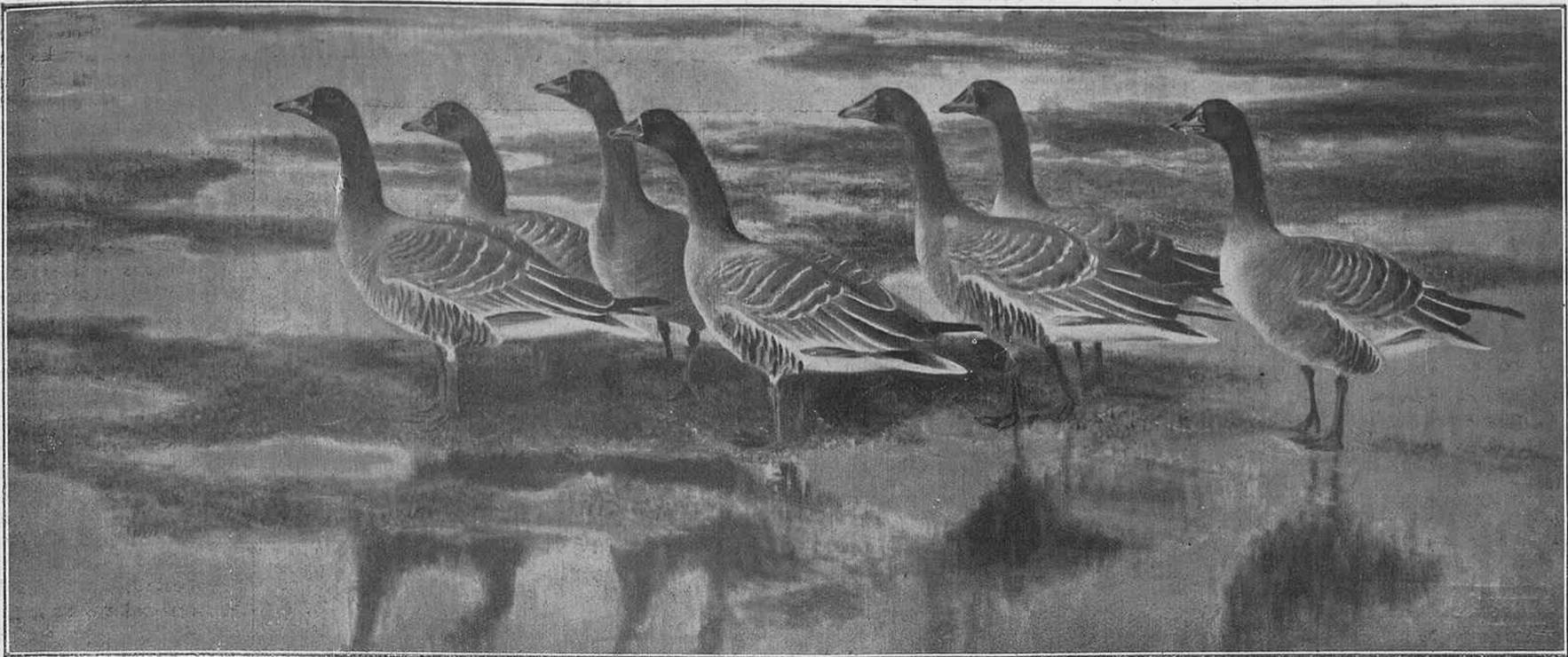
En el mismo día 19 de abril, en que terminó el período de gobierno provisional, hubo fiestas y actos patrióticos en Caracas para celebrar el primer Centenario del día en que se inició la emancipación política de Venezuela.

A las ocho de la mañana se instaló el Congreso nacional, á las diez se inauguraron los trabajos del edificio para Biblioteca nacional, á las diez y media se leyó el acta inaugural de las obras de reconstrucción del Panteón nacional, á las once se colocó la primera piedra para el edificio de operaciones quirúrgicas en el Hospital Vargas, á las dos de la tarde se instaló la Junta central del Censo nacional y á las tres el general Juan Vicente Gómez presentó el Mensaje, dirigiéndose luego á colocar la primera piedra de un monumento alegórico en la Avenida del Paraíso, regresando acto continuo para la ceremonia de colocación de una lápida conmemorativa en la fachada del pabellón que ocupa el Ministerio de Relaciones exteriores en la Casa Amarilla. Momentos después se hizo la trasmisión legal del Poder.

El general Gómez ha inaugurado su gobierno constitucional con una amnistía por delitos políticos, y se propone reanudar la gestión diplomática para dar solución definitiva á las reclamaciones de Francia. Los convenios que pactó el exministro Sr. Paul, enviado á Europa con aquel objeto, no fueron aprobados por el Congreso venezolano, y ha sido preciso abrir nuevas negociaciones. Para juzgar acerca de los derechos é intereses nacionales en el litigio con los Estados Unidos, el gobierno de Venezuela ha tenido el buen acuerdo de elegir al expresidente del Consejo de ministros de Bélgica, Sr. Beernaert.

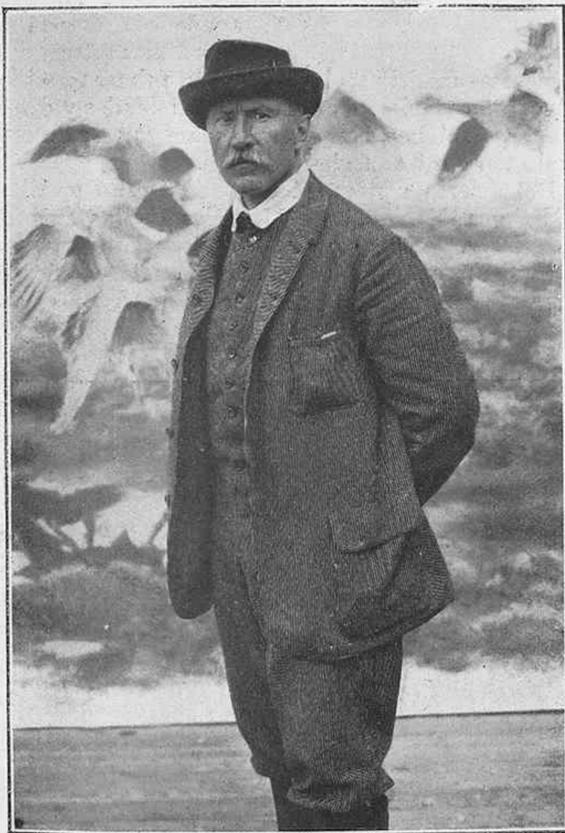
R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL NOTABLE PINTOR SUECO BRUNO LILJEFORS



Una alarma, cuadro de Bruno Liljefors

Hace poco, Suecia ha festejado el cincuentenario del natalicio de uno de sus artistas predilectos, el célebre pintor de animales Bruno Liljefors, no me-



Bruno Liljefors

nos conocido y admirado en su patria que en el extranjero.

Liljefors nació en Upsala en 14 de mayo de 1860 y desde muy niño mostró afición grande al dibujo y aptitudes especiales para el cultivo del arte; también desde su infancia gustóle recorrer campos y bosques y dedicarse á la caza, en una palabra, vivir en plena naturaleza, y esta circunstancia contribuyó, sin duda, poderosamente á imprimir en su carácter el sello que, andando el tiempo, había de marcar su personalidad artística.

Después de cursadas algunas clases en la escuela de la catedral de Upsala, fué á Estocolmo, en cuya Academia estudió desde 1879 á 1882, sin que aprendiera en ella, y aun no con gran provecho, más que la parte, por decirlo así, mecánica de su arte, pues aquellas enseñanzas sujetas á rigurosos principios no se avenían con su naturaleza acostumbrada á la independencia, al aire libre, al contacto directo con la naturaleza.

Durante los años 1882 y 1883 hizo un viaje por Alemania, Italia y Francia; en París hallóse en su centro, entre los cultivadores de la pintura en *plein air*, y allí pudo conocer y estudiar el japonismo, que se hallaba en un período de florecimiento y del que

sacó útiles enseñanzas, puesto que en él vió resueltos problemas, como el de la expresión del movimiento y el de la acentuación de las líneas características, con omisión de todo lo no esencial, cuya solución tanto le interesaba y desde hacía tanto tiempo perseguía.

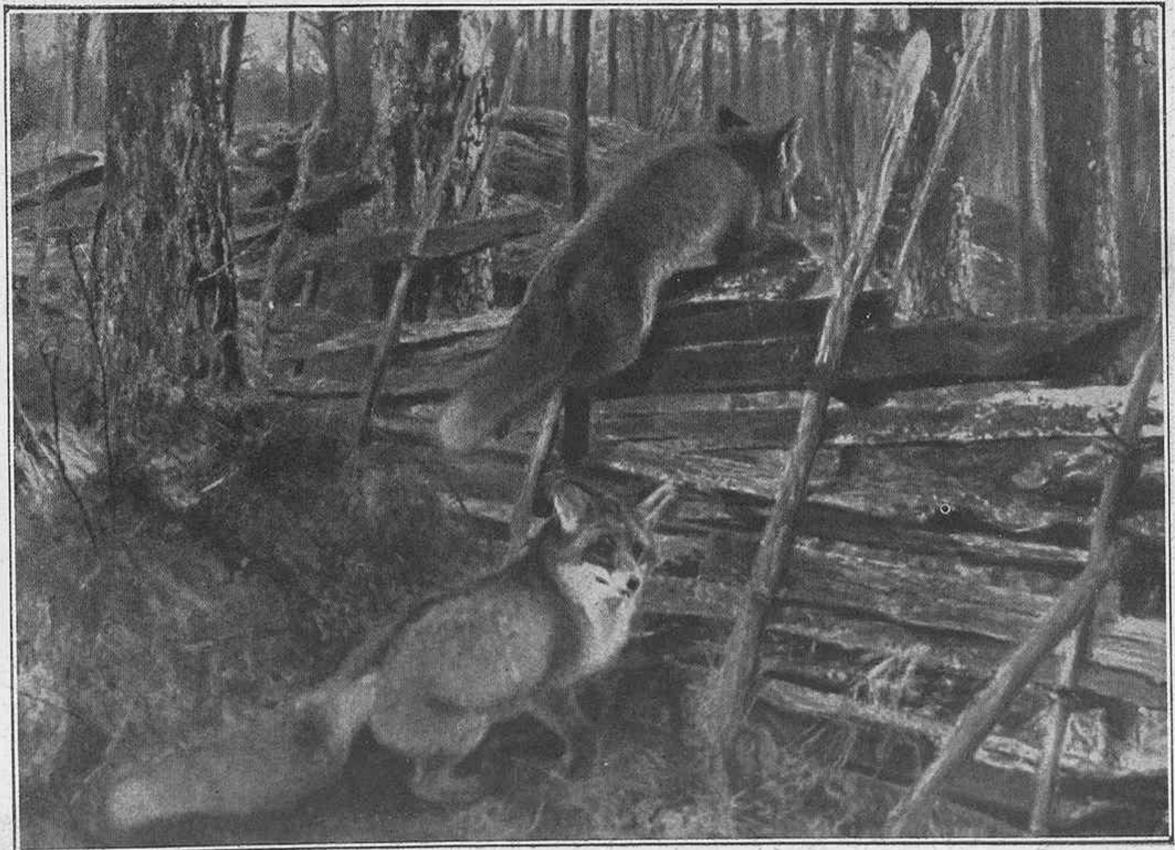
Regresó luego á su patria, estableciéndose en Qvarnbo, pueblecito de las inmediaciones de Upsala, y desde los primeros momentos tomó parte activa en la lucha que los pintores suecos modernos sostenían contra los académicos, al frente de los cuales estaba el ilustre Zorn, figurando entre los que en 1885 solicitaron la reorganización radical de la Academia de Bellas Artes de Estocolmo y en las interesantes exposiciones organizadas por los secesionistas enfrente de las celebradas por los académicos.

En 1889 expuso en París, obteniendo una medalla de plata; en 1891 en Munich, en 1892 en Berlín y en 1895 hizo en Estocolmo una exhibición particular de sus obras, en la que sus compatriotas pudieron apreciar todo el valor de su labor artística y todo el poder de su genio, proclamándole desde entonces uno de los primeros, si no el primer pintor sueco. Algunos años después alcanzaba las medallas de oro en las exposiciones internacionales de Munich y Berlín.

Liljefors dedicase exclusivamente á la pintura de animales, que pinta tales como la naturaleza los ofrece á sus ojos, sin tratar de dramatizarlos ó poetizarlos, pero también sin hacer de ellos elementos puramente decorativos. Y los pinta como profundo conocedor, pues, además de artista, es Liljefors cazador apasionado, y su certera mirada le permite sorprenderlos con la misma precisión con que pudiera hacerlo la máquina fotográfica.

A propósito de su arte especialista ha dicho el propio Liljefors: «Por regla general vemos á los animales del mismo modo que un habitante de Marte, repentinamente transportado á la tierra, vería á los habitantes de nuestro planeta. El tal martiano distinguiría en éstos los tipos, las especies, las razas, pero no los individuos. Yo, en cambio, en mis cuadros de animales, lo que procuro reproducir son precisamente los individuos; yo pinto retratos de animales.»

Si examinamos la obra de Liljefors en su conjunto, tal como se nos ofrece desde sus comienzos, veremos en toda ella, con muy raras excepciones, al animal representado en movimiento, y en movimiento rápido, de un instante, de un segundo. En un



Zorras en el bosque, cuadro de Bruno Liljefors

Desde hace algún tiempo reside en su quinta Nigwam, situada junto al mar, en las cercanías de la ciudad de Lœdertel.

principio, pintaba principalmente animales del bosque y del campo; pero desde que vive junto al mar, su predilección es por los animales marinos.—P. 23

BUENOS AIRES.—LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Las fiestas que con motivo del centenario de su independencia celebra el pueblo argentino han dado ocasión, como decíamos en el último número, á grandiosas manifestaciones patrióticas, que han alcanzado colosales proporciones especialmente en Buenos Aires.

En esas manifestaciones ha tomado parte principalísima el elemento escolar, cuyos entusiasmos se excitaban en varias conferencias dadas por sabios eminentes y la primera de las cuales corrió á cargo del ilustre rector del Colegio Nacional Central D. Enrique de Vedia, quien, en la plaza de Francia, ante una multitud inmensa, pronunció un elocuentísimo discurso alusivo al acontecimiento histórico que conmemora la Argentina.

En el teatro San Martín, la juventud patriótica celebró también una sesión solemne, en la que hablaron elocuentemente los señores Balestra, Meyer, Pellegrini y Luro.

El día 17 de mayo último, una manifestación estudiantil imponente recorrió las principales calles de Buenos Aires y fué á saludar al presidente de la República Sr. Figueroa Alcorta delante de la casa del ministro de Negocios Extranjeros Sr. Plaza, quien daba en honor de aquél un banquete al que asistían también los ministros, algunos altos funcionarios y otras personalidades. Los manifestantes prorrumpieron en calurosas aclamaciones en honor del primer magistrado de la nación.

Más no sólo en esta forma han hecho ostentación de su patriotismo los estudiantes. Cuando faltaban pocos días para comenzar las fiestas, los obreros de

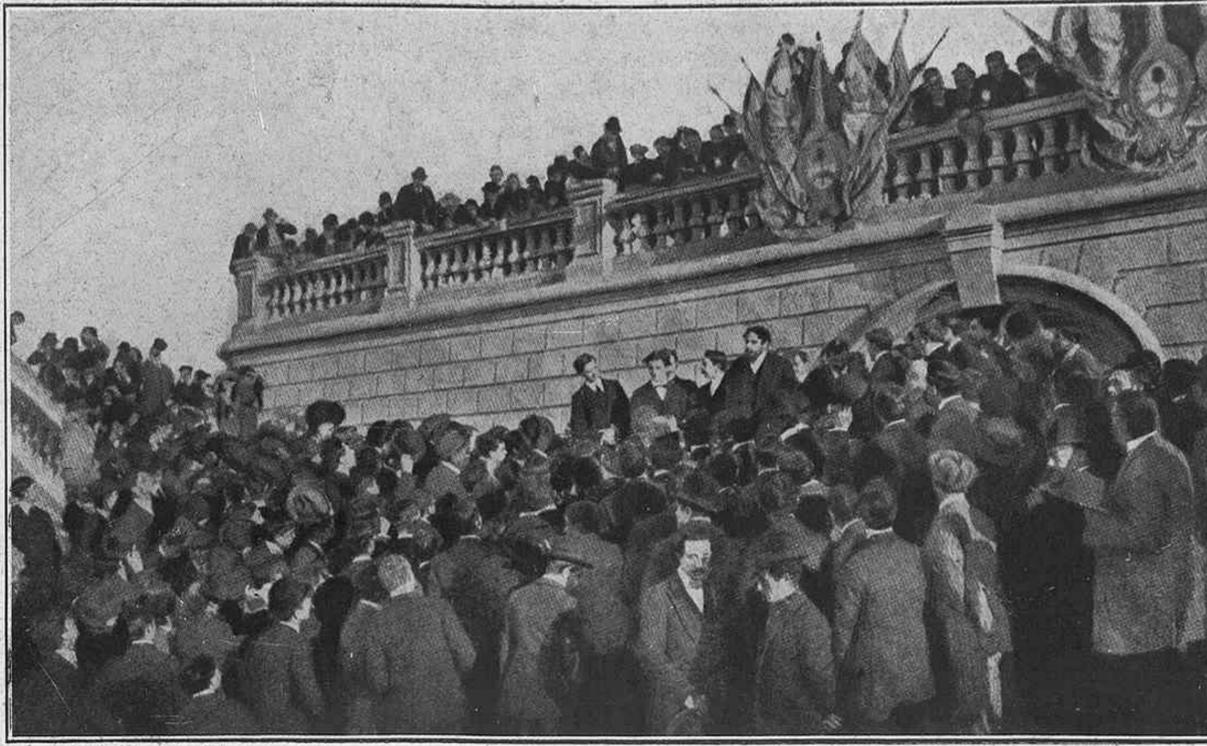
de Diputados y el Senado y sancionó el presidente del Poder Ejecutivo; y en el acto quedó el estado de sitio establecido. Pero los estudiantes hicieron

más; organizaron una manifestación grandiosa contra los agitadores y realizaron enérgicos actos de protesta delante de las imprentas de un periódico anarquista y de otro socialista. Los manifestantes entonaban el himno argentino; de ningún modo mejor podían expresar los elevados sentimientos que les impulsaban á protestar de aquella manera contra quienes, desconocedores por completo de todo patriotismo y de toda idea de verdadera libertad, no reparaban en apelar á las más reprobables coacciones y execrables violencias en instantes tan críticos, ni en comprometer de un modo tan inicuo el honor y la dignidad nacionales.

Con ocasión del Centenario, se han acuñado en toda la República Argentina

numerosas medallas; el gobierno, en primer término, y luego provincias, ciudades, universidades y diversas corporaciones, han querido conmemorar de este modo tan gloriosa fecha.

Del acierto con que ha llevado á cabo su labor la Fábrica Nacional de Medallas de los señores Grossi son buena prueba los ejemplares que en la siguiente página publicamos y en los cuales la belleza artística compite con la perfecta ejecución.—T.



Primera de las conferencias patrióticas que, precediendo á las fiestas del Centenario, provocaron la explosión del entusiasmo popular.—Alocución del Sr. D. Enrique de Vedia, rector del Colegio Nacional Central, en la plaza de Francia. (De fotografía.)

Buenos Aires amenazaron con una huelga general; la realización de tal amenaza había de producir gravísimos conflictos, podía significar el total fracaso de las solemnidades con tanto afán y entusiasmo preparadas y para asistir á las cuales habían sido invitadas las naciones extranjeras. El gobierno, procediendo con la rapidez y energía que las circunstancias demandaban, presentó un proyecto de ley de clarando el estado de sitio en toda la República, proyecto que inmediatamente aprobaron la Cámara



Manifestación patriótica en la calle de la Florida. (De fotografía de «La Nación», comunicada por nuestro corresponsal literario Sr. Monner Sans.)

Medallas conmemorativas
del Centenario
de la Independencia argentina.



Acuñada por acuerdo del gobierno de la provincia de Entre Rios.

Dedicada por la capital de la República á la Junta Gubernativa de 1810.



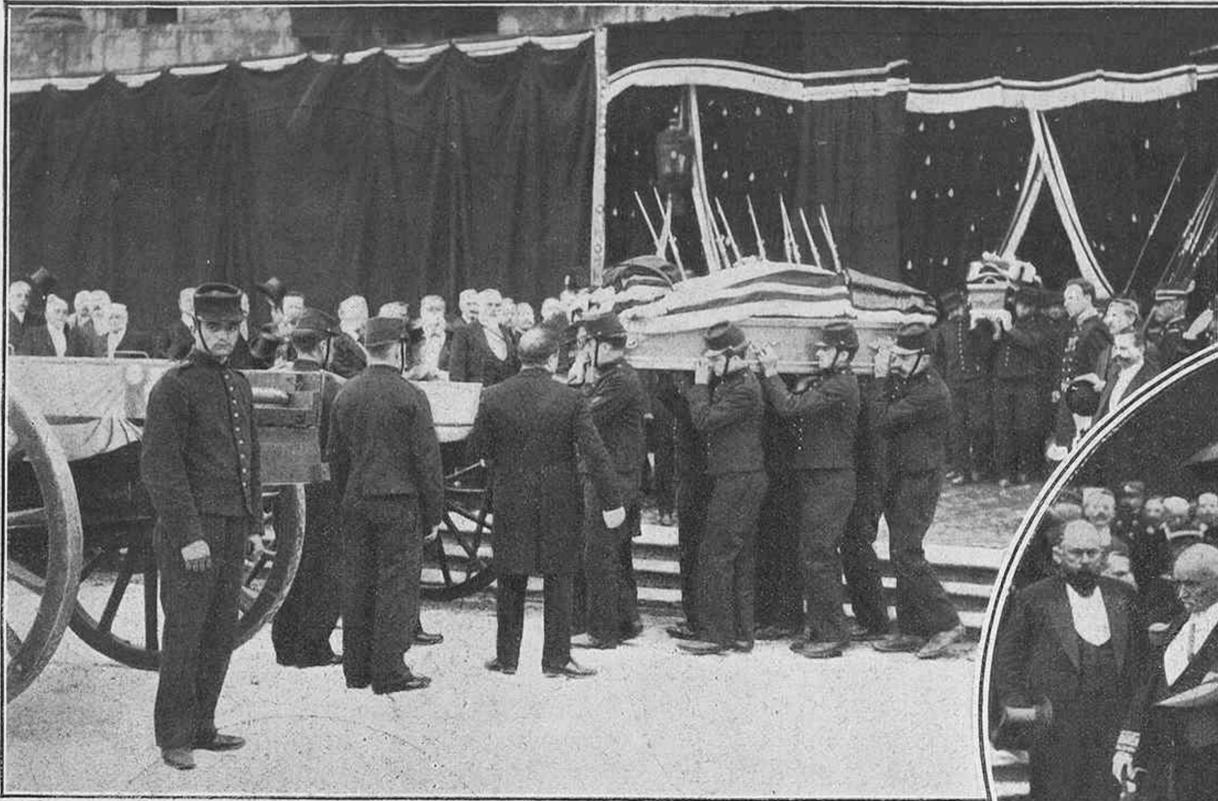
Acuñada en virtud de decreto del Poder Ejecutivo de 8 de marzo de 1910. De esta medalla se han acuñado varios ejemplares en oro, uno de los cuales ha sido entregado á S. A. R. la Infanta D.ª Isabel de Borbón durante su estancia en Buenos Aires.



Acuñada por acuerdo de la Universidad de Buenos Aires.



Acuñada por acuerdo de la Escuela Normal de Paraná.



Calais. Entierro de las víctimas del «Pluviose»
Los artilleros colocando los féretros en los arzones

ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DEL «PLUVIOSE»

Retirados todos los cadáveres del submarino *Pluviose*, efectuóse el entierro de los mismos el día 22 de junio último. La ciudad de Calais, á la que habían acudido millares de forasteros, no sólo de Francia, sino también de Inglaterra, quiso que la fúnebre ceremonia revistiese solemnidad inusitada: la Casa Consistorial, en donde estaban los veintisiete ataúdes, hallábase convertida en suntuosa capilla ardiente; negros crespones cubrían los faroles encendidos de las calles por donde había de pasar el cortejo, lo propio que el monumento dedicado á los hijos de Calais muertos por la patria y el famoso en

dragones; seguían las coronas, en gran número y muchas magníficas; detrás, una orquesta que tocaba la *Marcha fúnebre* de Beethoven; luego el clero parroquial; después los veintisiete féretros, escoltados por artilleros y marinos y seguidos de las familias de las víctimas, y finalmente el presidente de la República con todos los elementos oficiales.

Después de cantado un responso en la catedral, la comitiva se encaminó al mercado de los azúcares, también transformado en capilla ardiente, y una vez allí pronunciaron sentidos discursos el Sr. Fallieres, el ministro de Marina, almirante Boué de Lapeyriere, y el alcalde de Calais Sr. Salembier, todos ellos glorificando á aquellos heroicos marinos que habían muerto al servicio de su patria.

Terminado el acto, los féretros quedaron depositados en el merca-

do de los azúcares y por la noche todos, menos dos que contenían los restos de dos habitantes de Calais, fueron transportados en ferrocarril á los puntos de destino señalados por las familias.

El profundo respeto que durante todas las fúnebres ceremonias observaron los habitantes de Calais y los forasteros que acudieron á la ciudad, fué el testimonio mayor de amor y patria veneración con que han sido honrados los desgraciados marinos del *Pluviose*.



El presidente de la República y los elementos oficiales presidiendo el duelo. (De fotografías de World's Graphic Press.)

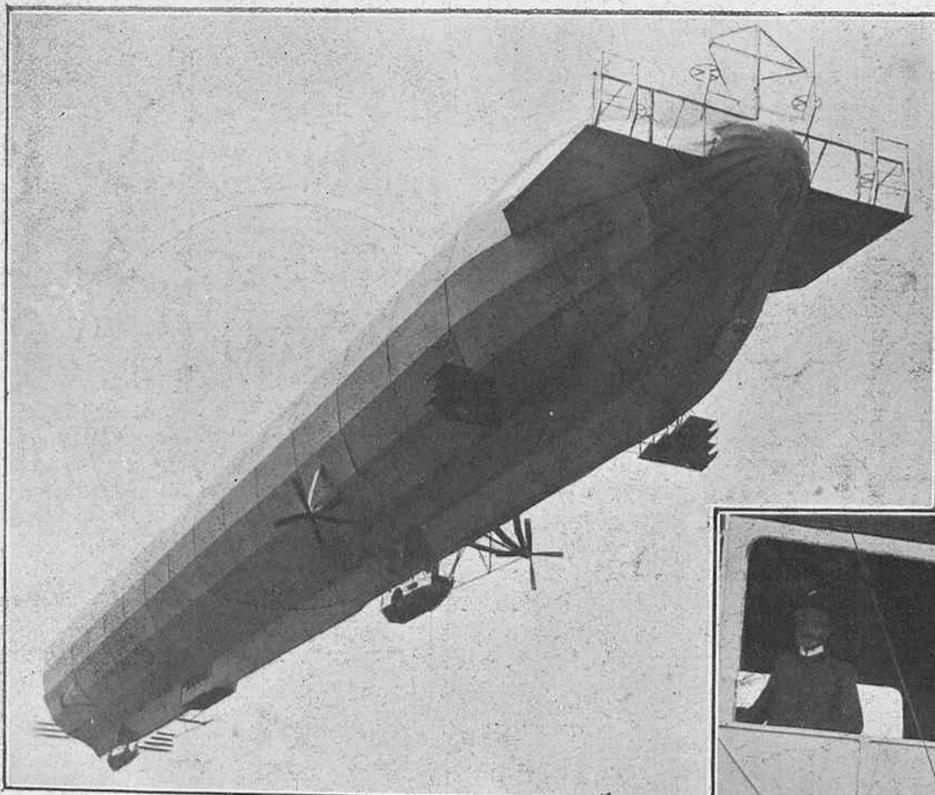
PRIMER VIAJE CON PASAJEROS

DEL DIRIGIBLE «ZEPPELIN VII»

Una sociedad alemana de aerostación ha destinado el dirigible *Zeppelin VII*, bautizándolo con el nombre de *Deutschland* (Alemania), á un servicio regular de pasajeros entre Friedrichshafen y Hamburgo. Para ello ha colocado entre las dos barquillas de proa y de popa una tercera destinada á los viajeros, que puede llevar hasta diez y seis de ellos, de un peso medio de 90 kilogramos cada uno, y en el que hay además restaurán y cocina.

Esa barquilla vagón ha sido construída en Stuttgart, según los planos del conde Zeppelin; es de aluminio y caoba, con aplicaciones de maderas preciosas, y en vez de cristales lleva unas láminas de celuloide.

El *Zeppelin VII* mide 148 metros de largo por 14 de ancho y su volumen es de 19.000 metros cúbicos; tiene tres motores, uno de 130 caballos en la barqui-

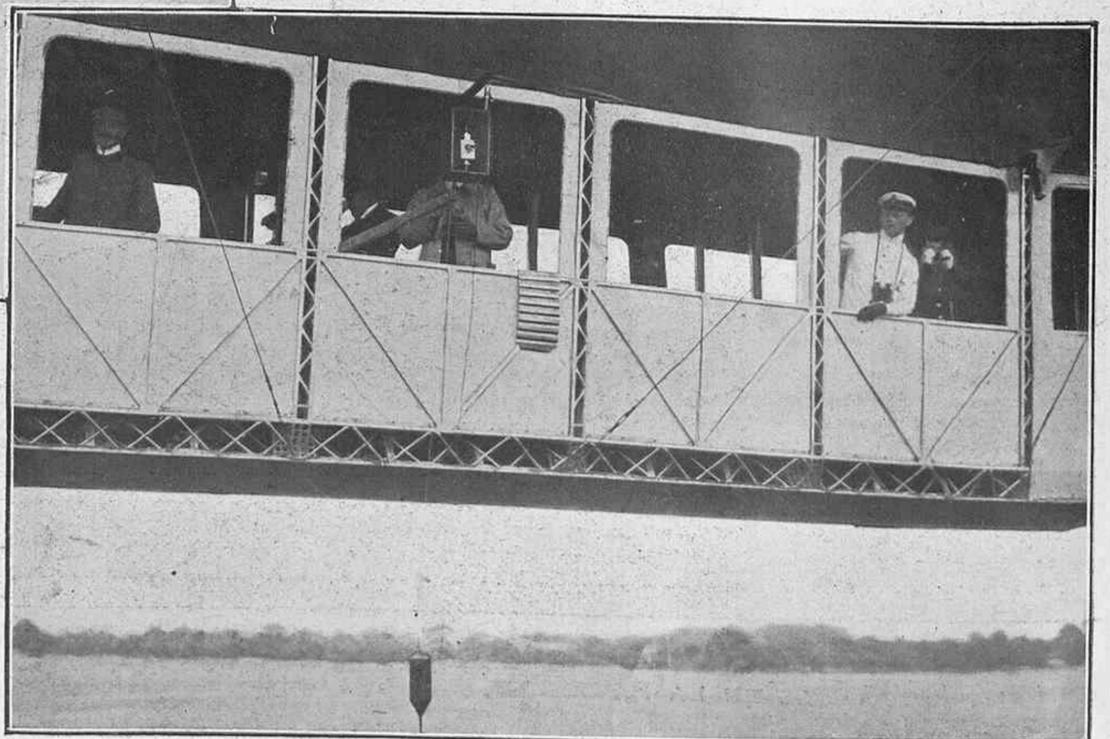


El dirigible alemán «Zeppelin VII»,
que recientemente ha efectuado el primer viaje aéreo con pasajeros

que los burgueses de Calais han sido inmortalizados por Rodin.

Poco después de mediodía llegaron el presidente de la República, el del Consejo de Ministros con otros miembros del gobierno y delegaciones del Senado y del Congreso. El presidente se dirigió al vestíbulo del palacio municipal, en donde estaban los féretros, y éstos, conducidos en hombros por artilleros, fueron colocados en sendos arzones; cada uno estaba envuelto en una bandera tricolor y sobre la mayoría de ellos había depositadas numerosas coronas.

Inmediatamente púsose en marcha el triste cortejo: delante iban un pelotón de gendarmes y un escuadrón de



El vagón de viajeros del «Zeppelin VII.» (De fotografías de Carlos Delius.)

lla de proa y dos de 100 en la de popa y puede sostener un peso de cuatro á cinco mil kilogramos á una

á las cinco de la tarde, en una colina; afortunadamente los árboles amortiguaron la violencia del choque, gracias á lo cual los pasajeros no sufrieron ningún daño.

El dirigible, en cambio, tuvo grandes desperfectos.

EL EMPERADOR GUILLERMO II
EN LAS REGATAS DE KIEL

Después de unos días de descanso forzoso á consecuencia de una indisposición molesta que en algunos momentos dió lugar á que circularan noticias un tanto alarmantes, el emperador Guillermo II ha vuelto á su vida activa ordinaria, asistiendo á las famosas regatas de Kiel que se han celebrado á fines de junio y tomando parte, con su yate *Meteor* y acompañado del príncipe Alberto de Mónaco, en la del Automóvil Club de aquella ciudad.

En Kiel visitó también los astilleros imperiales y un nuevo submarino, en el que permaneció media hora, recorriendo detenidamente sus departamentos y enterándose con minuciosidad de sus mecanismos.

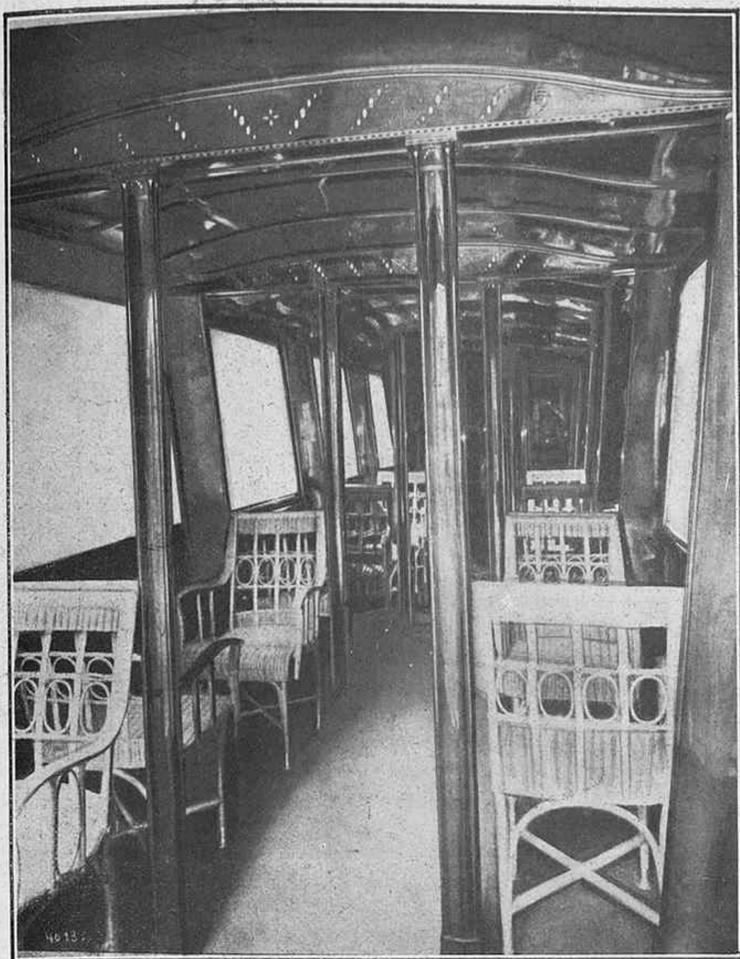
Durante su estancia en aquel puerto, dió Guillermo II en el acorazado *Hohenzollern* un banquete de gala al que asistieron, entre otros, los embajadores de Francia, Estados Unidos y Turquía, señores Cambón, Hill y Nizam bajá y el mariscal conde de Eulenburg.

LA FIESTA DE LOS FELIBRES
EN SCEAUX

La Sociedad de los Felibres de París ha querido celebrar el trigésimo aniversario de su fundación, y bajo la presidencia de Julio Bois sus miembros se reunieron el domingo 26 de junio último en la pintoresca población de Sceaux, distante pocos kilómetros de París. La fiesta tenía, además, otro objeto, la inauguración de un monumento á Deluns Montaud, presidente que fué de la sociedad, y exministro de Obras Públicas y exdirector del ministerio de Negocios Extranjeros, y á ella concurrieron representantes de los embajadores de España, Italia, Portugal y Grecia, á quienes invitara Julio Bois, deseoso de que la solemnidad que había de celebrarse fuese una manifestación de fraternidad de todos los pueblos que baña el Mediterráneo. Tam-

co Varennes, el ministro de Negocios Extranjeros, por el Sr. Charlot y el de Obras Públicas y el de Instrucción Pública por altos empleados de sus respectivos ministerios.

Comenzó la fiesta con la inauguración del monumento, obra del celebrado escultor Injalbert, pronunciando en aquel acto elocuentes discursos el señor Bois, los representantes de Grecia, Italia, España y Portugal y de los antes citados ministros, y el al-



Interior del vagón de pasajeros del dirigible alemán «Zeppelin VII.» (De fotografía de Carlos Trampus.)

velocidad de cincuenta á cincuenta y siete kilómetros por hora.

El día 22 del pasado junio, el *Zeppelin VII*, admirablemente dirigido por su ilustre inventor, efectuó su primer viaje con pasajeros saliendo de Friedrichshafen á las tres de la mañana y llegando á Dusseldorf al mediodía, es decir habiendo recorrido en nueve horas una distancia de 500 kilómetros en línea recta. El trayecto de Mannheim á Dusseldorf, en cuyo recorrido emplea el tren expreso seis horas, lo recorrió el dirigible en cuatro.

Para estos viajes lleva el globo una provisión de esencia que le permite permanecer en el aire quince horas, si funcionan los tres motores, y veinte, si sólo funcionan dos.

Seis días después de aquel primer viaje, el *Zeppelin VII* sufrió un grave accidente durante una excursión realizada en obsequio á los periodistas y que había de limitarse á un pequeño viaje circular por los alrededores de Dusseldorf. Elevóse el globo á las ocho y media de la mañana, luchando contra un viento de ocho metros por segundo; al mediodía cesó de funcionar uno de los motores de popa y á las dos y media hallábase el aeróstato sobre Recklinghausen fuertemente combatido por el viento. El piloto quiso descender en Dortmund primero, en Munster después y finalmente en Osnabruck, pero no pudo hacerlo y el globo marchó rápidamente y sin gobierno, pues se había parado también el motor de proa, hacia la histórica selva de Teutoburgo.

En aquel momento, una borrasca elevó el globo á 1.200 metros y desde aquella altura precipitóse hacia la tierra yendo á caer,

bién estuvieron representados en ella el presidente de la República, por el delicado poeta y felibre Mar-



Fiesta celebrada en Sceaux por la Sociedad de los Felibres de París el día 25 de junio último. La reina de los felibres, señorita Bouet, depositando una corona en el busto de Deluns Montaud, expresidente de los felibres. (De fotografía de World's Graphic Press.)

calde de Sceaux. Después, la reina del felibrige para 1910, señorita Juana Bouet depositó una corona en el monumento inaugurado.

Celebróse luego una Corte de Amor en la que la señorita Devilah recitó algunas poesías de Miguel Zamacois, las felibres Arleta é Irma Pierrot leyeron inspiradas poesías provenzales, Albin Gras hizo un elogio de Mistral y la Sra. Durand-Serriere, de la Opera, cantó escogidas composiciones.

Puso término á la fiesta un banquete dado en honor del escultor Injalbert, como autor del monumento de Deluns Montaud y para celebrar, al mismo tiempo, su promoción al grado de comendador de la Legión de Honor.

Cumplidamente quedaron llenos los deseos de Julio Bois al organizar tan amena fiesta, pues aparte de haber ganado ésta en solemnidad con la presencia de los representantes de los embajadores invitados, sirvió de lazo

mediterráneos y de corona del felibrige.—R.



El emperador Guillermo II de Alemania y el príncipe Alberto de Mónaco á bordo del yate «Meteor», propiedad del primero, en las regatas de Kiel. (Fotografía de C. Trampus.)



LA MODELO, cuadro de Manuel Cusi

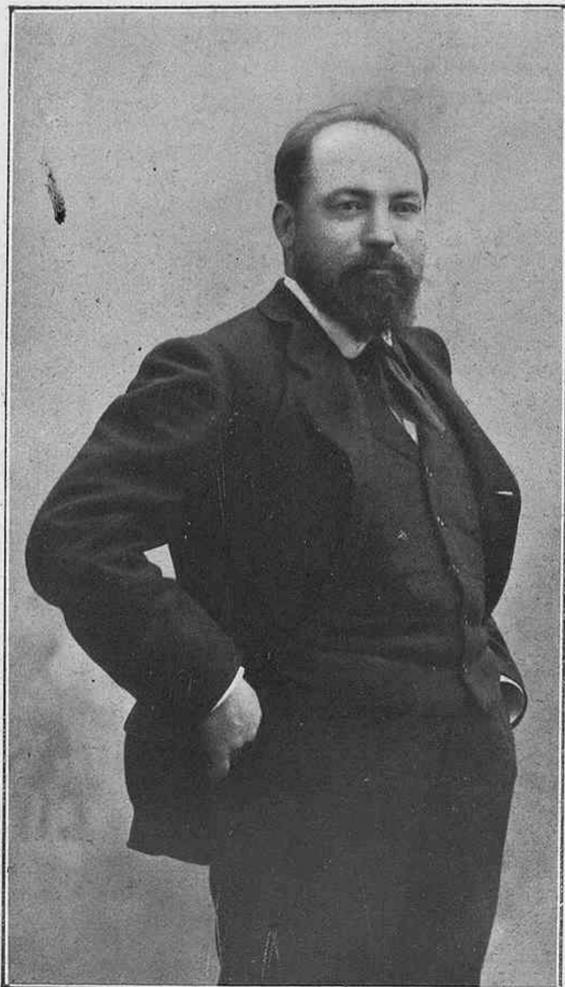
La brillante coloración de las bordadas flores que abrillantan el rico mantón de seda en que envuelve el busto la graciosa modelo y las irisaciones del nacarino varillaje del abanico que admira, han servido á este distinguido artista para hacer gala una vez más de su reconocido buen gusto y habilidad.



ANTES DE LA CORRIDA, cuadro de Juan Diffre

JOSÉ PASCÓ Y MENSA

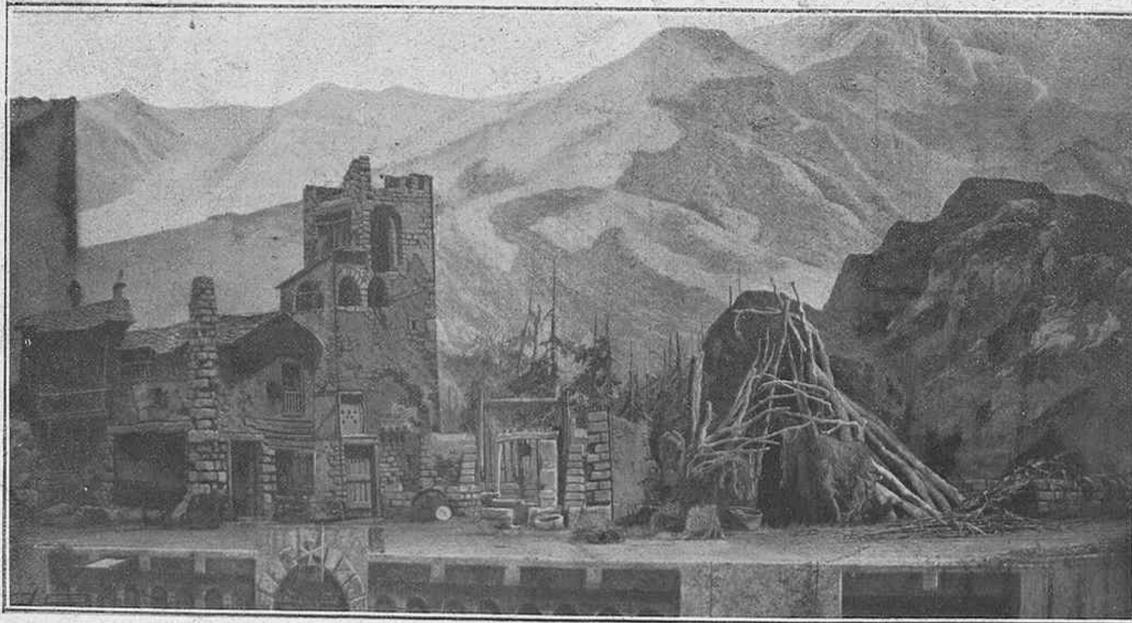
Otro artista de reconocido mérito é indiscutible valía, ha desaparecido de entre nosotros, ampliando la ya extensa lista de aquellos cuyo nombre representa un período de evolución y renacimiento artístico para nuestro país. Traidoramente, y



El notable dibujante José Pascó, fallecido en Barcelona el día 22 de junio último. (De fotografía de A. y E. Fernández, dits Napoleón.)

cuando no podía presumirse su inmediato fin, sorprendióle la muerte, arrebatándole al cariño de sus hijos y de sus deudos y al afecto de sus amigos.

Su inesperado fallecimiento ha sido causa de dolorosa sorpresa, aun para aquellos que sólo podían estimar á Pascó como artista merísimo é infatigable y convencido propagador del arte decorativo. Dotado de una energía y perseverancia extraordinaria, pudo demostrar en el transcurso de su vida, á cuánto pueden conducir estas cualidades, si á ellas se agrega la inte-



Barcelona.—Panorama escénico, obra de los Sres. Moragas y Alarma, para el drama lírico de Daudet y Bizet *L'Arlesiana*, que debía representarse en las Arenas y cuya representación hubo de suspenderse por causa del mal tiempo. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

ligencia. Fué artista de temperamento. Nacido en modestísimo hogar, hubo de dedicarse en sus juveniles años á trabajos de carácter casi manual, que si bien relacionados con la pintura, no pueden considerarse como tales, dada su forma y tendencia rudimentaria. Con el producto de su labor, pudo subvenir á sus necesidades y solo, sin enseñanzas, aplicar sus aptitudes y satisfacer sus nobles aspiraciones. El estudio del que fué distinguido pintor Simón Gómez, fué la escuela á que pudo concurrir, de vez en cuando, mientras las atenciones de su trabajo, se lo permitían. De ahí que pueda afirmarse, que no tuvo maestro y que debía cuanto fué á su propio esfuerzo. Pausadamente pudo adelantar y ya en condiciones para dedicarse con provecho al cultivo del arte, trasladóse á Madrid, en donde permaneció algún tiempo, perfeccionando sus cualidades y

estudiando las obras de los grandes maestros conservadas en los Museos. Y tales fueron sus progresos, que no tardó en trasladarse á México, en donde desempeñó el cargo de pintor esce-

Para esta representación, que debía darse también en las Arenas, habían montado los reputados escenógrafos Sres. Moragas y Alarma, un hermoso panorama escénico, digno de los



Barcelona.—El ministro de Fomento Sr. Calbetón (X) dirigiéndose, acompañado de las autoridades, al gobierno civil. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

nógrafo del Teatro Nacional, pintando, entre otras, las decoraciones para la ópera «Carmen.» La dolencia contraída por uno de los individuos de su familia, obligóle á regresar, comenzando, entonces, el período de su interesante producción, que retrata ó da á conocer su personalidad. La ilustración de varias obras, cual la «España,» publicada por la casa Cortezo y C.ª, diéronle á conocer como hábil y erudito dibujante; las publicaciones editadas por Henrich y C.ª, como artista de fantasía y exquisito gusto, demostrando siempre, su competencia en el arte decorativo, en cuyas variadas y amplias aplicaciones hallaba extenso campo para manifestar su habilidad é inteligencia. Así lo atestiguan los edificios, salones, cabalgatas, etc., cuyos proyectos y organización se le confió y que tuvieron el privilegio de dejar grato recuerdo.

A pesar de su copiosa labor, halló medio para formar dos importantes colecciones de tejidos antiguos y azulejos, en los que figuran notabilísimos ejemplares.

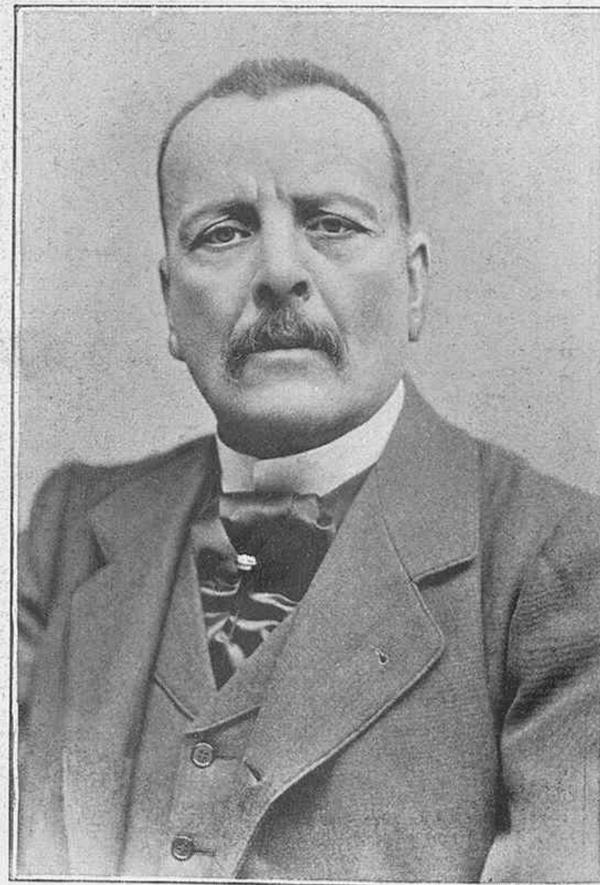
BARCELONA. — VIAJE DEL MINISTRO DE FOMENTO

De paso para Palma de Mallorca, adonde había de ir á inaugurar la Exposición de productos balears, estuvo algunas horas en esta ciudad, el día 24 de junio último, el ministro de Fomento Sr. Calbetón á quien recibieron en la estación las autoridades, representaciones del Ayuntamiento y de la Diputación provincial, varios diputados y senadores, comisiones, funcionarios y algunos particulares.

Después de permanecer unas horas en el gobierno civil, en donde recibió muchas visitas, el ministro fué al Tibidabo, en donde se le obsequió con un espléndido almuerzo, á cuyo final

autores del que había servido para la adaptación del poema de Verdagner. De la belleza y del grandioso efecto de la decoración pueden formarse una idea nuestros lectores por el grabado adjunto.

Todo estaba dispuesto y la gente comenzaba á invadir las gradas y demás localidades del circo, cuando, en el momento preciso de empezar el espectáculo, cayeron algunos fuertes chubascos que movieron á la empresa á suspender la función antes de principiarla, á fin de no perjudicar al público.



El ilustre sainetero D. Ricardo de la Vega, fallecido en Madrid el día 23 de junio último. (De fotografía.)

RICARDO DE LA VEGA

A la edad de setenta y un año ha fallecido en Madrid el ilustre cuanto popular sainetero Ricardo de la Vega, una de las figuras más salientes de la literatura española contemporánea.

No hemos de hacer su biografía, que está en su vida de autor dramático; ni hemos de enumerar sus producciones, pues necesitaríamos mucho espacio para citarlas. Ricardo de la Vega ha sido uno de los más fecundos escritores y su fecundidad no ha redundado en perjuicio de la bondad de su producción. Su obra es de las más sanas de nuestro teatro; será también de las más perdurables. Observador genial de la gente del pueblo y de sus costumbres, pintó maravillosamente tipos y escenas, sin acanallarse nunca, antes al contrario rindiendo siempre culto, dentro de la más fina sátira, á los más elevados sentimientos del alma popular. Sus personajes no son grotescas caricaturas; sus chistes no entran en los dominios de la grosería; Ricardo de la Vega ni un momento olvidó que la misión del arte es una misión eminentemente de educación.

Su teatro no es trascendental, de tesis; pero bien puede afirmarse que cuando nadie se acuerde ya de muchos dramas y comedias muy celebrados ahora, todavía se deleitará el público con los sainetes del incomparable autor de *Pepa la Frescachona* y la *La verbena de la Pa'oma*.

se pronunciaron algunos brindis. De allí regresó al gobierno civil; luego estuvo unos momentos en las Arenas, en donde se representaba *Canigó*, y en el Concurso Hípico y á las nueve se embarcó en el vapor *Miramar*, siendo despedido á bordo por las mismas personalidades que habían ido á recibirle.

BARCELONA. — PANORAMA ESCÉNICO

PARA EL DRAMA LÍRICO «L'ARLESIANA»

En vista del grandioso éxito de las representaciones de *Canigó* la empresa á cuya iniciativa se habían debido éstas dispuso de la traducción catalana del hermoso drama lírico de Alfonso Daudet y Jorge Bizet, *L'Arlesiana*.

MINNIE (1), NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS LICHTENBERGER

ILUSTRACIONES DE SIMONT (CONCLUSIÓN)

Pasó en Monistruc con su marido algunos días de su viaje de boda y, al marcharse, dejaron su retrato á los bravos posaderos.

¡Qué pequeño es el mundo! He aquí que la madrina se siente menos distante del señor Peborde. El tener en común aquel rincón del pasado les aproxima. Mientras los niños reanudan su alegre charla, ellos evocan juntos los torrentes pirenaicos de aguas cristalinas, las praderas con los cerceros del ganado, las laderas cubiertas de viña y de maíz que el otoño enrojece. Es una comarca dulce y risueña bajo un hermoso cielo. La madrina se transporta melancólicamente á los días en que era joven, y el señor Peborde á los días en que era feliz.

La puerta se abre. El amigo Gouf aparece y se queda atónito. ¡Cómo! ¿La madrina no está sola? ¿Quién es aquel caballero? Bajo su mirada estupefacta, la madrina se halla un poco confusa. Pero hay que ir hasta el fin. La anciana presenta á los dos hombres:

—El señor Geoffroy, amigo de mi familia. El doctor Peborde, diputado.

Al anuncio de este nombre, el amigo Gouf se estremece de tal modo, un estupor tan intenso se pinta en su semblante, que la madrina se serena bruscamente y deja asomar una sonrisita burlona... Con una naturalidad perfecta, la madrina explica que los pequeños Peborde son amigos de Minnie y le han hecho el obsequio de almorzar hoy con ella. El amigo Gouf asiente con una sonrisa que quiere parecer de inteligencia y que no es más que de ineptitud.

Pero el señor Peborde se levanta para marcharse... La madrina le interrumpe en sus manifestaciones de gratitud, diciendo sin ambages: «Espero que los amiguitos de Minnie vendrán á menudo á compartir sus juegos.» El señor Peborde se inclina y desaparece. Entonces la madrina se vuelve hacia el amigo Gouf y le mira de hito en hito... El amigo Gouf la mira también, se pone colorado y busca una inspiración en el suelo.

Hacer una alusión al asombro que le causó la presencia del señor Peborde podría parecer una censura; mostrar una satisfacción inoportuna podría ofenderla; y callar simplemente es muy difícil. La madrina se ha mostrado tan agria durante estos últimos tiempos que el amigo Gouf está previamente seguro de ser maltratado, diga lo que diga. Y sin embargo hay que decir algo. De su frente brotan gotas de sudor. Va á decidirse y seguramente sus palabras agravarán la situación en vez de solventarla... Pero la madrina tiene compasión de él. En aquel día de emociones contradictorias, una mansedumbre inusitada ablanda su alma. En pocas frases, explica al amigo Gouf cómo se han encadenado las cosas y cómo, á

causa de Minnie, se ha dejado llevar un poco más lejos de lo que hubiera exigido la estricta observancia de la caridad cristiana...

Es justo que haya sido vencido y baje la cabeza. ¿La madrina penetra algo de los pensamientos que turban al amigo Gouf? ¿Tiene en la expansión de hoy un pequeño remordimiento por haberlo maltratado tanto? Quizá. Con un gesto que no acostumbra, le pone la mano sobre el brazo y le dice:

—No tuve valor de contrariar á esa niña. Me pareció que hubiera sido obrar mal. ¿No tiene derecho á ser feliz?

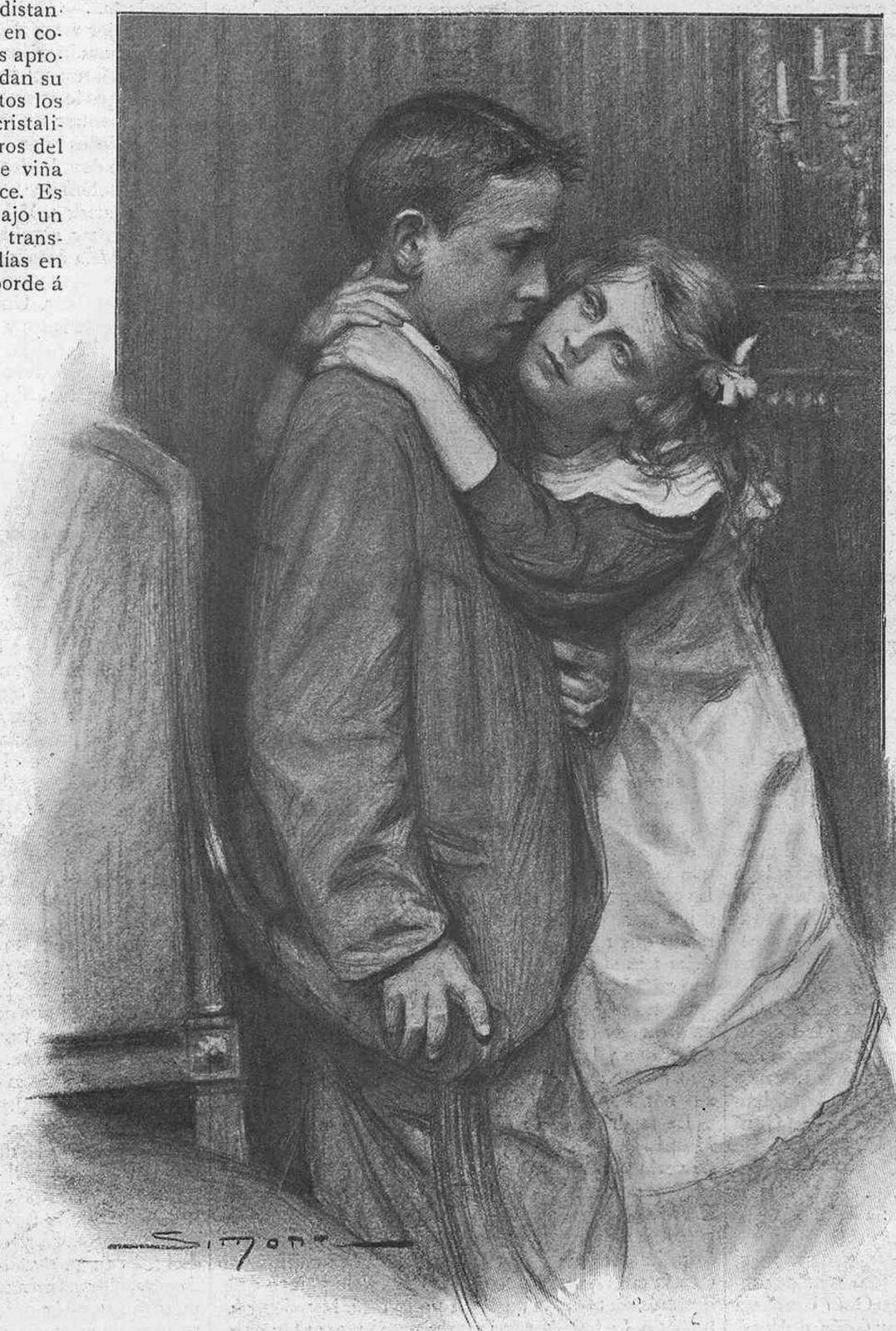
El amigo Gouf no piensa escandalizarse y ni siquiera le sorprende el ver á la madrina yendo á parar á la filosofía de Epicuro.

Y en los días siguientes se establece un *modus vivendi* que, hace poco, hubiera parecido la más estrambótica de las inverosimilitudes. Mientras se cursa la instancia en divorcio del matrimonio Peborde, una institutriz laica provista de su título de maestra viene á vigilar y pasear todos los días á los niños. Pero se va á las cinco. Entonces los pájaros vuelan y van á parar á casa de Minnie. Y el resto de la tarde se pasa en alegres juegos cuyo bullicio despierta ecos inespereados.

No, no son los niños que la madrina hubiera deseado en torno de ella; pero son niños al fin, niños sin madre, los cuales, por su solo abandono, son acreedores al piadoso interés de toda alma cristiana. Y, además, son amigos de Minnie. Naturalmente, pasado el día de la gran crisis, la madrina ha restablecido las distancias. Cuando los amiguitos llegan y se van, se acercan á saludarla brevemente, y nada más. Max y Sofía vuelven á poner cara ceremoniosa y afectada. Lulú no llama ya abuelita á la madrina y no le tiende ya la mejilla como hizo candidamente el primer día. Más ó menos claramente, los tres comprenden que entre ellos y la anciana hay un foso; y respiran mejor cuando ella no está presente. Sin embargo, su vida continúa mezclándose con la de la ma-

drina. No hay medio de que no le llegue de lejos el ruido de sus juegos bulliciosos, de sus discusiones y de sus risas. Por la puerta abierta, se ve una cabeza rizada ó una falda de vestido. Y las conversaciones de Minnie versan sobre sus hazañas. Sofía se vuelve mucho más expansiva; ha confesado á Minnie que tiene un miedo terrible á la madrina: ¡qué rareza!, ¿verdad? Max acaba de ganar el número uno en la clase de historia. Pero Lulú ha tenido una formidable indigestión... ¡El muy glotón! La madrina, al día siguiente, no puede menos de pedir noticias de él. Al enterarse de que todavía no está bueno, se le oprime el corazón: ¡un niño sin madre! Coge una hoja de papel y apunta algunas recomendaciones de higiene y un pequeño régimen. Que Minnie dé este papel á Max y le diga que lo entregue á la institutriz. Es para curar á Lulú.

Efectivamente, dos días después, Lulú está restablecido, y, acompañado de Max, va á dar las gracias á la madrina. Pero se intimida y no se atreve. Entonces es Max el que contesta á las preguntas y da



Mi querido Max, estás triste porque me voy...

El amigo Gouf asiente tratando de dar á sus facciones la expresión de interés aprobatorio que conviene y que no podrá ser tachado ni de indiscreción ni de indiferencia. Y mide una vez más en sí mismo lo poco que basta para hacer obrar á los hombres de la manera más contraria á sus principios mejor establecidos. Una pequeña Minnie ha bastado para transformar completamente costumbres semiseculares y operar la conciliación más inverosímil... Un poco de voluntad deliberada ha logrado triunfar de las preocupaciones más tenaces y de los odios más inveterados. ¡Quién sabe! Si en su pasado hubiese habido una Minnie, si en su alma hubiese habido un poco de esa voluntad activa y de esa confianza en sí, animada y contagiosa; ¿quién sabe si el amigo Gouf hubiera podido edificar de otro modo su vida?, ¿quién sabe si el sueño que acarició siempre como la más loca de las quimeras, el sueño mágico, el de llamar á Clara Angélica su esposa, hubiera sido una posibilidad? Pero de antemano el amigo Gouf presentó en la vida un alma de vencido.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

las gracias. ¡Pobre Max!, después que ha salido, la madrina se queda pensativa. Minnie dice de él. «Es un muchacho muy extraño. Nunca está del todo alegre.» La niña tiene razón. Max no está nunca del todo contento. Demasiado pronto, su alma en formación ha sido turbada por demasiadas angustias. Necesitaba sol, la vida salubre al aire libre: París lo debilita. En su cuerpo anémico, los nervios vibran demasiado. Se resiente con demasiada violencia de todo. La vida le asusta. Un día, dijo a Minnie: «¿No encuentras que es terrible crecer?» Minnie repitió la frase a la madrina y dijo encogido de hombros: «Pienso que está algo loco...»

La otra tarde, hubo aullidos atroces en el cuarto de jugar. Minnie se precipitó al salón gritando: «¡Socorro, he asesinado a Max!» Justamente la señorita Noemia había ido a confesar. La madrina acudió asustada. ¿Qué ha pasado? ¡Oh!, nada. Max, con los labios descoloridos, trata de tranquilizarla. Pero el pañuelo que envuelve su mano está inundado de sangre. Jugaban a la guerra; Minnie, blandiendo su sable, le ha hecho un rasguño. ¿Un rasguño? Un buen corte que casi llega al hueso. Afortunadamente, la madrina tiene recetas maravillosas. He aquí agua bórica, aceite, una venda... Max se deja curar sin despegar los dientes. Pero está tan pálido que la madrina le obliga a sentarse. Pronto, una gota de coñac. Se siente mejor. Ya pasó. Max da las gracias y se va con el dedo vendado. La madrina le sigue con la vista. Le juzgó desde el primer momento. Es un valiente.

Dos días después, la madrina encuentra sobre el velador un bonito ramo de violetas, y exclama en tono de admiración. «¡Qué hermosas! ¿De dónde proceden?» Minnie contesta con graciosa malicia: «Adivínalo.» La madrina se sonríe como quien está enterada: «¡Así habrá traído Minnie! Pero Minnie salta de alegría y palmea. ¡No, no ha sido Minnie! Gran sorpresa en la madrina. ¿Habrá sido la señorita Noemia? Tampoco ha sido la señorita Noemia. La madrina renuncia a adivinarlo. Pues bien—pero la madrina no se dará por enterada, porque reñirían a Minnie—ha sido Max. Ayer, preguntó a Minnie: «¿A tu madrina le gustan las flores?» Minnie dijo que sí. Entonces hace un rato trajo este bonito ramo y recomendó a Minnie que lo pusiese en un jarro sin decir nada.»

—Y sabes, lo pagó con todo el dinero de su semana.

¡Pobrecito Max!

El señor Peborde no ha vuelto. Pero diariamente pregunta a sus hijos por la salud de la madrina y les hace presentarle sus respetos. El otro día, su colega Bouffart, amenazado por los unificados, publicó en *El Socialista de las Bocas del Ande*, un artículo titulado: *La inmoralidad clerical*. Apoyándose en numerosas citas de Sánchez y de Molina, demostró que es imposible ser a la vez católico y hombre de bien. El señor Peborde contestó al día siguiente en *La Dépêche de Monistruic*. Protestando de la sinceridad de su anticlericalismo, se alzó contra tales exageraciones «que ofenden gratuitamente a una fracción honrosa de nuestros conciudadanos.» Esto le costará quinientos votos en las próximas elecciones. El amigo Gouf ha traído a la madrina el artículo del señor Peborde marcado con lápiz azul... Cuando los pequeños Peborde vienen a despedirse de ella, por la tarde, la madrina dice por primera vez a Max: «Recuerdos de mi parte a tu padre.»

Así transcurren los días. En algunos corazones, hay menos tristeza y menos odio. Flota mansedumbre en la atmósfera. El mismo amigo Gouf beneficia de ella. La madrina le trata con inusitada dulzura. El otro día, para dar una grande alegría a Minnie, la madrina sacó del cajón en que duerme entre capas de algodón en rama y papeles de seda, Adelaida, la antigua muñeca de Clara Angélica. Cuando entró el amigo Gouf, la figurina estaba sentada, acompañada y tiesa, en un sillón. Al primer golpe de vista, él reconoció su cabeza de cera y su traje anticuado... Y mientras el falso escéptico trataba de dominar su emoción, la madrina le murmuró: «¿Se acuerda usted?» Y su voz era tan dolorida que al amigo Gouf se le inundaron los ojos de gruesas lágrimas y hubiera querido arrojarle a los pies de la vieja para darle las gracias...

VI

Aquí está el telegrama anunciado. Entre sus dedos rígidos, hoy más torpes que de ordinario, la madrina dobla y desdobla la delgada hoja de papel azul. «Todo está dispuesto. Buscaré a Minnie el jueves en Viena. Geoffroy prevenido. Sinceras gracias. Mauricio.»

Hace ocho días que la madrina vive en espera de

este pedazo de papel, y con la esperanza confusa de que, por alguna razón imposible, no llegará. Hace ocho días, llegó la carta fatal que dió el golpe decisivo. La instalación estaba terminada, en Constantinopla. La estación era favorable. A pesar de las instancias de la madrina, valía más no retrasar la salida de Minnie. Papá aprovecharía su próximo viaje a Viena para recogerla. Un telegrama fijaría el día.

Desde esta carta, cada campanillazo hacía estremecer a la madrina con esa angustia particular, con esa palpitación de corazón, que sólo conocen los que han esperado la muerte lejana de un ser querido. Es terrible pensar que allá, al otro extremo del mundo, se toman, independientemente de ella, decisiones definitivas que van a trastornar su vida y la de Minnie. Seguramente, si Mauricio supiese las cosas, esperaría un poco más. Minnie tuvo el otro día una pequeña indigestión. Además, el tiempo ha refrescado. ¿Si se constipase en el tren, ó sí, al llegar, a causa del contraste, cogiese una insolación? Cuando uno es joven, no piensa en todo el mal posible. La madrina hubiera debido insistir más... Pero ya es tarde. Aquí está la orden de marcha. No hay más consigna que obedecer... ¡Pobre Minnie!, ¡pobre madrina!

Pero he aquí que Minnie entra como un torbellino. Pronto, pronto, otra hebra de hilo y un trozo de cinta para concluir el abrigo de Bobby... La madrina da el hilo, y para escoger la cinta, se inclina sobre su mesita de labor, quizá más tiempo del necesario. Pero el golpe de vista de Minnie es agudo y su intuición casi infalible. Mientras enhebra su aguja, interroga con interés:

—Madrina, pones una cara muy extraña. ¿Ocurre alguna desgracia?

La madrina se incorpora. Al fin encontró un pedazo de cinta roja. Se lo da a Minnie y dice: «No es ninguna desgracia; ni siquiera una sorpresa. He recibido un telegrama de tu papá.»

¡Un telegrama! Minnie se ha levantado con la boca entreabierta. Un telegrama... Es que... ¿es para partir? La madrina afirma con la cabeza. Minnie exclama, con una explosión de alegría: «¡Qué suerte!» Y manda a paseo abrigo, hilo y cinta. ¡Partir!, va a partir. ¿Qué suerte! ¿Cuándo, a qué hora, hoy, qué día? ¿Han prevenido al amigo Gouf? ¿Encargarán el carruaje? ¿Qué no se le escape el tren! ¡Y la maletita de Minnie que no está hecha! ¿Melania ha empezado a hacer el baúl? Las preguntas se suceden, se apresuran, se precipitan. Minnie salta de alegría. La madrina se siente con el corazón un poco oprimido. A todos los niños les gustan los cambios. Es natural que Minnie se alegre de ir a reunirse con sus padres. Lo contrario sería muy sensible. Sin embargo, la madrina sufre de la exuberancia de aquella alegría. ¿De modo que nada le importa a esa niña el marchar, el dejar tras sí tantos afectos que tan calurosamente la han rodeado durante una porción de semanas?

Como si Minnie adivinase el pensamiento de la madrina, su exaltación se calma. Calla un momento, reflexiona y luego murmura con un tono serio, algo sentimental: «Madrina, ¿está usted triste porque voy a partir?»

La madrina se explica. No la alegra mucho que Minnie se vaya tan lejos, sin embargo está contenta de verla partir para un hermoso país é ir a reunirse con sus padres. Minnie hace señas de que comprende. Convenido: una persona mayor debe hablar como la madrina acaba de hacerlo. Pero, en su fuero interno, Minnie se dice que en el puesto de la madrina, no estaría contenta, ni poco ni mucho. Y le parece que, después de todo, la madrina no lo está. Minnie se ha turbado. Le halaga ver a una persona mayor tan emocionada por separarse de ella. Y experimenta cierta confusión al encontrarse tan poco en armonía con aquel estado de alma. Trata de tomar un aire de compunción, echa sus brazos al cuello de la anciana y la abraza estrechamente diciendo: «¡Pobre madrina!» Pero comprende que no podrá sostener esta nota. Quiere mucho a la madrina, le aflige ver que tiene pena. Pero, en el fondo, ella está demasiado contenta para disimular su alegría. No le será posible poner todo el día cara triste. Se necesitaría algo para consolar a la viejecita... A Minnie se le ocurre una buena idea:

—¿Madrina, por qué no viene usted con nosotros?

La anciana sonríe, levanta los ojos al cielo, y se burla amablemente. ¡Pobre madrina, tan baldada de reumatismo que apenas puede subir en coche, Minnie quiere hacerle pasar cuatro días en ferrocarril, y luego, quizá, pasearla en camello! Minnie protesta riendo y defiende su proposición. Por más que hace, no logra que la tomen en serio. Entonces expone otra solución: «¡Le escribiré a usted muy a menudo, madrina!»

¡Ah!, eso es diferente. La madrina se alegra mucho

de esta promesa y da las gracias a Minnie.

—Le escribiré a usted cartas muy largas en que le contaré todo; será como si estuviese usted allí con nosotros.

La madrina aprueba con aire de satisfacción. Convenido; cuenta con Minnie... ¡Hum!, en el fondo, ¿cuenta realmente con ella? ¿No ha visto la pena que le costaba escribir cuatro líneas a sus padres? La viejecita no debe contar mucho con las extensas cartas que ella le promete; y si toma ese aire tranquilo, es simplemente para dar gusto a Minnie. Además, esas cartas, ¿de allí han de venir!, son cosa hipotética y remota. Por el momento, la madrina está triste. Y es ahora, en seguida, cuando se necesitaría algo para consolarla...

La mejor manera de consolar a uno, es hacerle un regalo. Cuando Minnie tuvo que ir a casa del dentista, le regalaron un perro mecánico. A este precio, no le dolió que le arrancasen un diente. La cuestión es, pues, encontrar un regalo para la madrina. Pero ¿qué regalo? No es cosa fácil. Minnie tiene poco dinero. El que le dan, le dura poco en el bolsillo. Entre pobres, pastelerías y tiendas de juguetes, pronto se le van los cuartos. Y luego, ¿quién sabe si Minnie sabría comprar algo a propósito para una anciana? ¿Quizá valdría más regalarle algo de lo que ella tiene. Pero se presenta otra dificultad. Minnie no tiene gran cosa que ofrecer. Uno de sus broches se ha perdido y el otro está roto; y el reloj que casi anda solo también. Hay la sortija. Pero se la regaló la madrina, y no estaría bien devolvérsela. No hay que pensar en ningún juguete... Sin embargo, habría que encontrar algo que fuese un recuerdo y que le demostrase lo mucho que Minnie la quiere...

¡Ah!, por fin se le ocurre una idea que no sería mala... pero sería algo sensible... Su fisonomía móvil cambia varias veces de expresión bajo el imperio de una lucha interior. Pero Minnie no es de las que permanecen largo tiempo en la indecisión. Su resolución está tomada. Se levanta y dice a la madrina con un aire discreto: «Voy a buscar una cosa.»

Momentos después, Minnie reaparece, con su gran sapo gigante en los brazos. Se planta delante de la anciana con los brazos tendidos y dice conmovida: «Madrina, quiero regalar a usted mi sapo para que tenga un buen recuerdo de mí.»

El acto impresiona profundamente a la buena señora. Ésta conoce el museo de Minnie; sabe lo que significa para ella; sabe que el sapo es una de las piezas más preciosas de la colección. Ella mediría el valor del donativo de Minnie aunque no viese temblar sus labios y brillar reprimidas lágrimas en sus ojos. Besa tiernamente a la niña y le contesta: «Gracias, Minnie, eres muy amable, sentiría privarte de tu hermoso sapo.»

Pero con un gesto de resolución, Minnie le hace señas de que sí. Ha puesto el sapo sobre las rodillas de la madrina. Es preciso que ésta lo guarde. No puede explicar por qué, porque es un poco difícil y porque no quiere llorar. Pero es preciso.

Afortunadamente, la madrina comprende. El sacrificio de Minnie es en pago de su alegría de partir. Aceptándolo, consintiendo que Minnie, para darle gusto, se prive de un objeto que tanto aprecia, la anciana descarga el corazoncito de su pupila del peso que la oprime; prueba a Minnie que no está resentida de ella, que no la toma por una ingrata, que sabe lo mucho que la quiere. Mientras que, rehusando el regalo, lastimaría y entristecería lo que hay de más delicado en su sensibilidad. Así es que, muy grave y sincera, la madrina declara: «Pues bien, Minnie, puesto que así lo quieres, acepto tu sapo. Lo colocaré sobre la cómoda como recuerdo tuyo y lo miraré todos los días pensando en ti.»

Se acabó; el sacrificio está consumado. Minnie se siente aligerada de un peso. El esfuerzo que ha hecho sobre sí misma y la manera con que la madrina ha aceptado su regalo las han puesto de acuerdo. Ya no hay que temer malas inteligencias. Puesto que la madrina ha aceptado el sapo, Minnie puede volver a ser dichosa sin remordimientos. Tranquila la conciencia, en paz consigo misma, reanuda el tema interrumpido de su viaje. ¿Está Viena más lejos que Burdeos? ¿Es que el amigo Gouf vendrá hoy? ¿Es que la madrina ha anunciado ya su marcha a la señorita Noemia, a Melania, a Orasia? La exaltación de Minnie necesita gastarse, y la niña la pasea de cuarto en cuarto. La señorita Noemia es invitada a casarse con el amigo Gouf para acompañar a Minnie, y Melania a entrar al servicio del sultán. Y Orasia acompañará a la madrina cuando le hayan preparado una buena instalación.

Pero se oye un campanillazo. Son los pequeños Peborde, Lulú al frente, luego Sofía con su muñeca y Max cerrando la marcha. Minnie se precipita a su encuentro.

—¿Sabéis la noticia? ¡Papá ha telegrafiado! ¡Parto dentro de dos días para Constantinopla!

A este anuncio, emociones diversas se reflejan en los semblantes. Lulú ve la cara de su amiga muy alegre; el término de dos días representa para él un porvenir indeterminado, y realiza mal los horrores de la separación. Así es que toma un aire de satisfacción y pregunta: «¿Me enviarás un camello?»

Sofía siente impresiones complejas. El que Minnie parta de viaje como una persona grande le confiere una superioridad que ella envidia. Pero la idea sola de marcharse con un señor poco conocido á un país tan lejano, desconocido del todo, da viento: prefiere mil veces el colegio Vornage y la vida ordinaria de los grises días parisienses.

En cuanto á Max, palideció y dijo: «¿Partes? ¿Entonces es cosa resuelta?» Su acento es tan grave, hay en su voz una vibración tan singular, que, en medio de su exaltación, Minnie se siente como helada, y contesta en un tono de excusa: «Sí, porque, ¿sabes?, no esperábamos más que un parte.»

Sí, Max lo sabía. ¡Cuántas veces ha pensado en ese fatal papelito azul que venía de tan lejos para causarle tanto mal! ¡Ah, cómo se reiría Minnie—no, no se reiría, porque tiene buen corazón, —cómo se asombraría, la amiguita rubia y sonrosada que le mira, si supiese cuántas veces ha despertado en medio de la noche, súbitamente, con el corazón palpitante, con esta angustia: «Hoy Minnie me dirá: ¡Voy á partir!» ¡Cuántas veces, en medio de las alegrías y de las risas, ha sobrecogido á Max este frío pensamiento: «Nos divertimos un instante, pero pronto acabará todo, puesto que Minnie se va; y quizá el telegrama está ya por el camino!»

Porque Max es de esa clase de hombres para quienes la roedora preocupación del porvenir, la angustia asediadora de la desgracia que se prepara, envenena los fugitivos goces del minuto presente. En todas las alegres tardes que pasó con Minnie, abrigó un sentimiento que quizá les comunicó un encanto más agudo, pero que mezcló el sufrimiento en ellas; el sentimiento de que la amiguita rubia no era más que un ave de paso, una aparición luminosa y mágica que pronto desaparecería para siempre.

Algunas veces, ese sentimiento le asedió hasta la angustia. Le daba rabia que Minnie estuviese alegre, que no sufriese ante las amenazas de lo futuro. Tuvo para ella frases amargas que hubieran debido disgustarle, que se le escarpaban á pesar suyo. Así, hace un momento, cuando ella anunció su marcha, no le sorprendió. Estaba preparado. No le ha lastimado mucho. Ha sido solamente como si, en sí mismo, se hubiese roto algo en seco, y quedase un vacío y un frío interior. Minnie, impresionada por aquel dolor sin frases, más de lo que lo sería por ruidosas protestas, le coge la mano y le dice con un gracioso gesto:

—Mi querido Max, estás triste porque me voy; pero, ¿sabes?, á mí también me da mucha tristeza el dejarte.

Max la mira. Sí, es verdad, Minnie está triste, cómo puede estarlo en semejante coyuntura. Pensará alguna vez en su amigo Max y verterá una lágrima el día de la despedida. Pero se habrá secado cuando Minnie suba al tren, y antes de que éste parta, todo habrá concluído. Se habrá vuelto la hoja. Minnie no es de las personas que echan dolorosamente de menos el pasado y la ausencia de los seres queridos. Max lo comprende bien; comprende que ella no puede ser de distinta manera de lo que es; por esto, lejos de guardarle rencor, le está agradecido por la pequeña fracción afectuosa que ha tenido. En toda

unión sentimental, hay uno que ama y otro que es amado. Del amor, Minnie—si no cambia—no experimentará más que la dulzura sana y jovial, y no la pasión que devora. Mientras que el destino de Max, muchacho delicado de ojos profundos, es sufrir terriblemente en su corazón. Ya al verle pálido, mudo y concentrado, ¿quién no comprendería que en este momento no es un dolor de niño el que lo atenaza,

reñido. Se podría uno echar al río por algo más serio. Bastaría que el pie resbalase. El agua zumbaría un instante en los oídos, y luego sería el sueño eterno. Así acabaría esta pesadilla de la vida, tan dura, tan cruel, tan difícil y en la cual ya no habrá consuelo puesto que Minnie no estará allí...

¿Cómo había de comprender Minnie nada de las siniestras visiones á que se abandonaba el alma de la desdichada de su compañerito? Sin embargo, siente una grande angustia al ver aquella especie de desesperación sombría que se pinta en su semblante. Lo coge por el cuello y le dice en tono suplicante:

—Max, quisiera que me pidieses algo. Y te lo daré para que veas cómo te quiero.

Pero Max sacude la cabeza. Minnie le dará frases — ¡oh!, muy sinceras,—todas las que él quiera; y le hará regalos, si puede. Pero no es eso lo que le necesita. No es eso lo que le podría consolar. Max no puede ser consolado. Afortunadamente. Porque, ¿qué le quedaría, si no le quedase el sufrimiento?

Minnie dice:

—Cuando yo vuelva, seré grande, y podremos casarnos, ¿si quieres?..

Max es un viejecito. Esta frase de Minnie no es más que una niñería. Porque, ¿qué sabe él de matrimonio, y qué sabe Minnie! Y, sin embargo, él se alegra de que su amiguita haya tenido esa idea. ¡Tener á Minnie suya, y para siempre!.. ¡Qué sueño!.. ¡qué locura!.. Sin embargo, se sonríe. Y Minnie recoge al paso esa sonrisa, le da calor de su alma, y no la dejará extinguir como una chispa sin alimento. No hay que sacudir la cabeza. Ella está decidida á casarse con Max, completamente decidida. Y hasta para probar selo...

—¿Quieres que nos casemos en seguida?

Max se encoge de hombros. Pero no hay que resistir á Minnie, que no abandona su idea. Si Max rehusa, es que no la quiere. Sofía y Lulú son investidos de las funciones de dama y caballero de honor. Bobby será el tío. Y Orasia dejará un instante sus fogones para

hacer de cura. Todas las muñecas forman el cortejo. Melania pone á guisa de velo una vieja muselina á Minnie y convierte en frac la americana de Max por medio de alfileres. Todo esto adquiere un aire de solemnidad. Orasia desempeña sus funciones con una voz declarada: «Estáis unidos,» Minnie se siente muy emocionada y Max también. Orasia ordena: «Abrazaos.» Y Max, ruborizado, abraza á Minnie, que se pone colorada y le dice por lo bajo: «Ya estamos casados. Tú me esperarás.»

«¡Tú me esperarás!» En el fondo de su alma, Max conservará estas palabras, y el beso de Minnie y algo de una pueril esperanza. Y quizá, á causa del juego de Minnie, tendrá bastante fuerza para luchar y vivir, y no se leerá un día este suceso: «Acaba de extraerse del Sena el cadáver de un muchachito de diez años...»

Llegó la noche de la partida. Noche oscura y lluviosa. El viento ruge. Por las calles fangosas de París, el coche rueda hacia la estación. A través de los cristales inundados, apenas se distingue á los transeúntes que luchan contra las ráfagas. La madrina y la señorita Noemia callan. La obscuridad, el ruido de los cristales sacudidos, la fealdad bulliciosa de la calle aumentan su angustia. Pero quieren permanecer tranquilas y risueñas, porque no hay que asustar á la niña. De vez en cuando cambian una frase. ¿Melania no ha olvidado las camisetas de punto de Minnie, ni las enaguas de franela? La señorita Noemia tranquiliza á la niña. Todo está. Vuelve á reinar



¡Pobre muchacho! Ven á verme y hablaremos de ella cada día

y que se necesita todo su orgullo para que su desesperación no estalle?.. Sacude la cabeza y contesta á Minnie, con un aire casi tranquilo: «Sí, Minnie, te da tristeza dejarme. Pero pronto te habrás consolado. ¡Mientras que... yo!..»

Se detiene. ¿Cómo decir lo que será el porvenir sin Minnie? Desde el día que se le apareció, ha habido un rayo de luz en su vida. Hace muchas semanas que ella es el centro en que todo converge, la llama, en torno de la cual, van á revolotear todos sus pensamientos. Por la mañana, Max despierta alegre; verá á Minnie. Las horas transcurren menos tristes en el colegio: ella estará allí á la salida. Los finales de tarde son radiantes en ella los comparte. Y, cuando Max se duerme, la imagen de Minnie puebla sus sueños... Sin ella, todo es sombrío, glacial, espantoso: los días monótonos y tristes, la casa lúgubre, papá taciturno y distraído, la institutriz intratable, Sofía quejumbrosa y caprichuda, Lulú llorón, el colegio Vornage mortal, los camaradas vulgares y odiosos, París hostil, tumultuoso, violento, hirviendo de clamor y de lucha, y tu desierto, tan angustioso, tan egoísta!, y la vida toda, la inmensa vida, tan llena de acechanzas, de lazos y de dolores, la ignota, la espantosa vida... Ante tales perspectivas, Max siente que el valor le falta, y dice muy sinceramente, asombrado de su descubrimiento, hablando más á sí mismo que á Minnie: «Cuando te lancé á marchar, yo no podré vivir.» Y, sin saber por qué, piensa de repente en un suceso leído en un pedazo de periódico. El otro día encontraron en el Sena el cadáver de una niña que se había arrojado al agua porque sus padres le habían

el silencio, y la carrera continúa á sacudidas en medio de la ciudad fúnebre...

Pero Minnie, con ligereza de alma, mira por la portezuela y el espectáculo le interesa apasionadamente. Sí, hace cinco minutos, naturalmente, ha vertido una lagrimita al despedirse de Orasia, de Melania y de Bobby. Y dentro de un rato habrá otra para la madrina y una para la señorita Noemia. Pero entre esas emociones, dolorosas sin duda, aunque previstas y necesarias, hay el placer de contemplar el espectáculo pintoresco de aquel paseo nocturno por París. La manera con que el agua chorrea por las portezuelas es interesante y la gente que anda por el lodo tiene siluetas muy cómicas. Una aglomeración de vehículos detiene el cupé en la esquina del bulevar de San Germán. ¡Qué cosa más divertida! Las faldas y los gabanes giran como un torbellino. Un paraguas vuelto. Una señora muy gorda, parada en el borde de la acera, lucha contra la tormenta y enseña unas pantorrillas enormes. ¡Qué gestos de mal humor hace! Habla con un señor muy flaco. ¡Ah!, un sombrero al arroyo... Minnie se echa á reír...

A su voz, la madrina y la señorita Noemia se estremecen, se miran y cambian un discreto suspiro. Pero sí, Minnie tiene razón; lo que trastorna y atormenta sus almas ansiosas no es para ella más que motivo de curiosidad y ocasión de experiencia. Ella ignora el don funesto de agravar las tristezas del presente con los recuerdos dolorosos del pasado y los terrores del porvenir. Recuerdos deprimentes, remordimientos tardíos, vanos escrúpulos, aprensiones vagas, inquietudes prematuras, presentimientos no razonados: bagaje inútil con que Minnie no carga. Las zancadas de los transeúntes salpicados de lodo y los reflejos de las luces en los charcos, esto la divierte. ¡El resto vendrá más tarde!. La señorita Noemia, alarmada de pronto, se cerciora con alivio de que las pastillas de chocolate están en la maletita de mano entre las medias de cambio y los pañuelos.

Llegaron á la estación. El coche rueda lentamente en medio de un océano de camiones, fiacres y ómnibus cargados de bultos. Ojos amarillos, verdes, rojos, entrecruzan sus miradas. En la acera se amontonan pilas de baúles, cestos, maletas, cochecitos de nene, bicicletas y sacos de mano. Un hormigueo de empleados y viajeros se agita en torno. Cocheros y mozos vociferan. Se oyen bocinas de automóvil. Pero el silbido estridente de las locomotoras domina todo lo demás. Minnie quiere decir algo, no se la oye. La madrina se inclina y ella le grita al oído: «¡Qué divertido es eso!»

La portezuela del coche se abre. La barrerita de madera y cristal cesa de proteger á las viajeras. Es como si la algarabía exterior se les echase encima, les amartillase los tímpanos y los aplastase. La madrina siente que se le abre la cabeza. Quisiera volver á cerrar la portezuela y gritar al cochero que huya, que las conduzca otra vez á casa, al fondo del patio tranquilo, lejos de aquel infierno. Es una locura dejar partir una niña en tales condiciones. Ella debió explicar mejor á Mauricio y á su mujer que era imposible enviarla así. Es un crimen del que ella se ha hecho cómplice. ¿Si probase á telefonar? Pero es demasiado tarde. ¡Misericordia!, de una sacudida espantosa, el baúl de Minnie rebota sobre el techo del cupé. Todo debe haberse roto. Aparece un mozo de la estación y se descarga el equipaje. Hay que aparearse del coche. ¿Adónde van las señoras?..

Agarradas una á otra, la madrina, la señorita Noemia y Minnie siguen al mozo que se abre paso á través del gentío. Para tranquilizar á la buena anciana, la señorita Noemia ostenta una sonrisa inexpresiva, finge no experimentar la menor inquietud, se agita sin ton ni son, y hace á los empleados preguntas absurdas que acogen con sonrisas burlonas encogiéndose de hombros... En medio del tumulto, la madrina sólo piensa en salvar á Minnie. Que Minnie no la suelte. Que no le sea arrancada por una oleada de gente. Si llegan por casualidad sanas y salvas al despacho de billetes, habrá todavía una esperanza. Empujada, estrujada, oscilante, mareada, Minnie refunfuña, se ríe y se enfada á la vez, y de vez en cuando repite á la madrina: «¿Verdad que esto es divertido?»

Quedan hechas al fin las operaciones preliminares. La conmiseración indulgente de un factor ha facilitado las cosas. Minnie se halla provista de su billete y queda facturado el equipaje. Sólo falta encontrar el tren y el amigo Gouf. Detrás del mozo que lleva en la mano los chirimbolos de Minnie, la madrina, la señorita Noemia y la viajera siguen su marcha. Resueltas á ir hasta el fin, son ellas las que ahora se sirven de los codos para abrirse paso, empujando á los distraídos y recogiendo maldiciones. Llegan victoriosamente hasta el hombre que revisa los billetes. A costa de un supremo esfuerzo, se han evadido al fin de las apreturas.

En el andén, en medio del vago ruido que llena la estación, hay la tranquilidad relativa que envuelve las salidas de los grandes expresos transcontinentales. La madrina afloja un poco la mano en que estrecha la de Minnie, y la señorita Noemia endereza su sombrero... ¿Dónde está el amigo Gouf? Debiera estar allí. Una esperanza confusa surge en el corazón de la anciana. ¿Si le hubiese detenido algún impedimento?.. Por ejemplo, un buen constipado, ó una torcedura de pie; las hay que, bien cuidadas, pueden durar meses. ¡Ay!, delante de una portezuela, el amigo Gouf en persona se dibuja y hace señas de bienvenida.

Está horrible. La madrina no lo ha encontrado jamás tan feo ni tan ridículo. Para darse importancia sin duda, para que le tomen por un viajero profesional, se ha puesto una gorra verde y un sobretodo amarillo. Minnie se lo mira y le interroga:

—¿Por qué te has disfrazado de inglés?

Pero de repente da un grito de sorpresa y palmea.

—¡Mire usted, madrina!

Eso ya es una inconveniencia. La madrina se reprocha el haber acogido al amigo Gouf con más mansedumbre... ¿Pues no se le ha ocurrido ponerse calzón corto y medias escocesas? No cabe más. Bajo la mirada de la vieja, el amigo Gouf se pone colorado. Minnie salta en torno de él, regocijada, y le mira las pantorrillas con insistencia. Él se envuelve púdicamente en su macferlán.

Afortunadamente, el mozo pregunta dónde hay que poner los chirimbolos de Minnie. Para el amigo Gouf es la ocasión de intervenir. Sucesivamente coge, deja caer, recoge y cambia varias veces de sitio cada bulto. Luego hay que ir á cambiar moneda. Esto le da tiempo para serenarse y vuelve á bajar algo dueño de sí mismo.

Mientras la señorita Noemia y Minnie van á comprar una caja de caramelos, la madrina se queda sola en el andén con el amigo Gouf. Y, severamente, la emprende con él. Le recuerda su deber y no le disimula las dificultades de su misión. La camarera no se les reunirá hasta Nancy. Hasta allí, él es el único responsable de Minnie. Deberá cuidar de que esté bien acostada y no tenga frío en los pies, evitando empero, que entre en transpiración, porque si transpira, cuando abran la portezuela, se constipará. Un constipado mal curado, yendo de viaje, puede traer malas consecuencias. Una pulmonía se coge pronto. Todo lo que dice la anciana es para hacer un favor al amigo Gouf. La misión de ella ha concluido, á Dios gracias, y puede lavarse las manos. Pero quisiera que esa niña no sufriese demasiado á causa de la demencia de sus padres y de la incompetencia de su guía... El amigo Gouf baja la nariz. No recrimina. La anciana tiene razón. Toda su vida se ha considerado incompetente en todo.

Sin embargo, tiene una revancha. Un muchacho que empuja una carretilla anuncia á voces: «¡Almohadas!.. ¡Mantas!..» Irónica, la mirada de la vieja se fija en el amigo Gouf. Sin duda, no ha pensado siquiera que Minnie tendría necesidad de apoyar la cabeza en algo... Triunfante, el amigo Gouf exhibe dos almohadas: «¡Hasta he tomado mantas!»

De nuevo baja la nariz. Pase por las almohadas. Pero las mantas son nidos de microbios. Todo el mundo lo sabe. Minnie lleva la suya. ¿Por qué los microbios, amigos de las mantas, desdennan las almohadas? Sería interesante aclarar esta cuestión biológica, piensa el hombre. Pero sería imprudente plantearla... Y la madrina ni siquiera mira ya al amigo Gouf. Minnie vuelve con la señorita Noemia. Lleva en la mano su caja de caramelos y habla gesticulando. ¡Qué bonita está con su birrete encarnado, su chaqueta de nutria algo ceñida y su saquito de mano, de cuero amarillo, que le da un aire de viajera de verdad! ¡Qué mujercita será, resuelta, viva y jovial! Pero, ¿no lo es ya? ¿Cuántos años faltan? ¡Apenas diez! ¡Diez años! El amigo Gouf será casi un anciano, y la madrina dormirá bajo tierra; ¿desde cuánto tiempo?

Mientras Minnie y la señorita Noemia se pasean por el andén, la madrina y el amigo Gouf callan, sentados en un banco. Los pensamientos que cruzan por su mente no necesitan expresarse. Son los pensamientos triviales y dolorosos que toda separación suscita. El tren que va á partir, esa agitación vana del último adiós, y luego la distancia y el silencio, es la imagen eterna de la vida, es la imagen de la muerte. A hurtadillas, el amigo Gouf observa el rostro de la madrina que no le ve. Y, bruscamente, tiene un gran remordimiento por no encontrar algo que decir que la consuele un poco.

Porque, en el abatimiento que desgarró su corazón, la anciana olvida que aún no está sola. Su voluntad decae. Su máscara se escurre. Ha dejado caer en el

banco su cuerpo extenuado. Sus ojos son los únicos que aún viven y siguen á Minnie que no se la mira. Y la contracción de todas sus facciones revela un dolor tal, un tal cansancio, que se sufre por ella y se quisiera ver humedecerse las pupilas, las pupilas secas de los viejos que ya no pueden llorar...

El amigo Gouf tiene el alma dolorida de verla sufrir... Quisiera decirle algo bueno, algo dulce, que le hiciese pensar que no está enteramente sola, que al menos él la comprende y comparte humildemente su pena. Ella sobrevive á todo su pasado, á todo lo que amó. Es la madre de Clara Angélica. Tiene por ella un respeto tierno é infinito. Entre los vivos, no hay más que él que pueda aún hacer vibrar algunas fibras secretas de su corazón... Con los ojos suplicantes, con el alma filial, se inclina hacia ella y murmura...: «¿Quiere usted tomar algo?»

Esta frase imbécil es todo lo que él ha podido articular. La madrina le mira algo sorprendida y le da las gracias. Mientras él se muerde los labios y quisiera azotarse, Minnie se acerca dando brincos: «¿Sabe usted que hay un perro en el departamento contiguo al nuestro? Se llama Fox: es un soberbio colley. ¿Podré acariciarlo en el pasillo, verdad? Venga usted á verlo.» Y todos van á ver á Fox.

Pero de pronto, de un extremo al otro del tren, se propaga un rumor.

—¡Señores viajeros, al tren!

En todas las portezuelas hay aglomeración de gente que cambia abrazos y apretones de mano.

¡Llegó el momento!

—Vamos, Minnie, ven á decirnos adiós.

La madrina se sonríe y tiende los brazos á la niña. Minnie se precipita en ellos y la abraza con todas sus fuerzas. ¡Oh, qué pena le da separarse de la madrina! ¡Oh, por qué no puede ir con ellos! Las lágrimas inundan sus mejillas. Hay necesidad de que la madrina la consuele... La señorita Noemia pronuncia algunas palabras entrecortadas, hace visajes y se suena á cada instante. El amigo Gouf vuelve la cara con embarazo. Las demostraciones en público ofuscan su pudor. Pero en el fondo de su garganta, siente algo de inquieto, que va á estallar quizá en berridos.

—¡Señores viajeros, al tren!

Las portezuelas se cierran con estrépito. En medio de las lágrimas, Minnie se interrumpe:

—¡Pronto, pronto!, ¡que no se nos vaya el tren!

Escala el estribo y se asoma luego á la ventanilla del departamento. La señorita Noemia recibe sus recomendaciones. La despedirá de Bobby. Muchos recuerdos á los pequeños Peborde, sobre todo á Max..., y á Sofia también, y á Lulú. Ella escribirá á Minnie... Y Minnie enviará también noticias...

Por su parte, el amigo Gouf se despide de la madrina. No olvidará sus recomendaciones, hará todo lo posible. Pero la anciana hace un pequeño gesto que anula todo lo que ha podido decir hace un rato y le murmura solamente: «¡Se la confío!»

Hay en su tono algo de suplicante, y también una confianza tan profunda y tan inesperada, que el amigo Gouf se siente conmovido hasta el fondo del alma. Ella no hubiera podido articular esto de otro modo, si le hubiese confiado veinte años atrás el tesoro adorable que la muerte le arrebató. Bruscamente, el amigo Gouf está seguro de que la madrina sabe su secreto, que no le reprocha el haber amado á Clara Angélica, que sus durezas y sus contestaciones no son más que una apariencia, que entre la anciana y él existen lazos preciosos é inexplicables... Acuden á sus labios las palabras necesarias para decirle delicadamente su abnegación sin límites y su gratitud... Pero no salen. Sacude solamente la cabeza con una sonrisa tranquilizadora y vaga...

Suena un silbido, y, con un ronquido formidable, el tren se pone en movimiento. El amigo Gouf se quita la gorra. Minnie envía besos... Más tarde, dentro de mucho tiempo, cuando le pregunten: «¿Te acuerdas de la madrina?» verá siempre en una grande estación una vieja de pie que agita el pañuelo para decir adiós...

Entre el bullicio de la multitud, la madrina y la señorita Noemia vuelven al cupé.

—¡A casa!

Y en París, á través de las ráfagas de un viento huracanado, vuelven á rodar. No dicen una palabra. La vieja no quiere manifestar su dolor que es una debilidad. Y la señorita Noemia sería indiscreta si dejase estallar el suyo. Permanecen pues una al lado de la otra silenciosas. Y sus pensamientos vuelan juntos allá, en seguimiento del gran expreso luminoso que se lleva á Minnie hacia lo desconocido.

Pero, de pronto, la señorita Noemia lanza una exclamación de desconsuelo:

—¡Creo que me olvidé del agua de melisa!

La madrina sacude la cabeza con descontento y

expresa largamente su pesar. Y esto las alivia á ambas, tanto más cuanto que, después de haber deplorado su distracción, la señorita Noemia se da una palmada en la frente: ¡pero no!, ¿dónde tiene la cabeza?, ahora recuerda muy bien haber metido el frasco en la maleta, al lado de la lamparilla de alcohol.

El coche se detiene. Están de regreso en la calle de Varennes. Pero la madrina baja sola. La señorita Noemia irá á preguntar por la señora de Marlins que se está muriendo.

El cupé se aleja. Lenta y pesadamente la madrina sube los peldaños de su grande escalera. Se acaba. El sueño de dos meses se ha desvanecido. La vieja y triste casa vuelve á sumirse en la noche. Con Minnie ha volado la chispa que la alumbró un momento. Hay que volver á la vida monótona y gris que es una larga preparación para la muerte. ¡Oh!, sí, muy larga. Sin embargo, aquella noche, le parece á la anciana que el término no se halla tan distante. Nunca subió los escalones con tanta dificultad. Las piernas le pesan como plomo y le duelen. Diríase que su corazón va á cesar de latir. No, si Dios quiere, su vida no será ya larga.

Como está sola, al llegar á la meseta de su piso, lanza un ligero gemido. Este es hoy el único signo exterior en que dejará escapar algo del tormento que la crucifica.

Pero en el momento de ir á dar la vuelta á la llave en la cerradura, se detiene y escucha; en el rellano del segundo piso, algo se ha movido. Levanta los ojos. Un bulto asomado por cima del pasamanos se

retira rápidamente, pero la vieja ha tenido tiempo de reconocerlo.

—¿Eres tú, Max?

Un paso menudo baja la escalera. Y la madrina ve aparecer, á la claridad del gas, el joven Max Peborde. Él también quiere tener valor. Pero sus ojos abrasados, sus labios contraídos, todas sus facciones descompuestas pregonan su agonía. En aquel rostro infantil, la madrina reconoce un dolor tan profundo como el suyo, más agudo quizá. Y, bruscamente, se le derrite el corazón:

—¿Esperabas algo, hijo mío?

Max tartamudea algunas sílabas confusas:

—Esperaba... Quería saber...

No tiene necesidad de acabar. La madrina ha comprendido. Sí, Minnie ha marchado. Y envía tiernos recuerdos á su amigo Max. Mañana estará en Viena. Dentro de dos días se recibirán noticias de ella...

Se acabó. Se ha perdido la última esperanza, la esperanza absurda que no se confiesa, la que sostiene al condenado á muerte hasta el momento de la ejecución.

—Muchas gracias, señora, muchas gracias...

Con la cabeza vacilante, Max da un paso para marcharse. Pero no puede. Se agarra al pasamanos; los sollozos le ahogan, desgarrando su pobre pecho. Es demasiado. Es demasiado. Pero siente dos manos que se posan suavemente sobre sus hombros y lo atraen, y una voz indeciblemente tierna balbucea: «¡Pobre muchacho! Ven á verme y hablaremos de ella cada día.»

... A los que ama, Minnie, la pequeña hada ligera, ha dejado, al marchar, un supremo presente de despedida. A su lado, de hoy más, la madrina tendrá la ternura de un nieto, y Max la de una abuela. Vivirán menos tristes con el recuerdo de Minnie.

... Y mientras tanto, con ronquidos formidables y estridentes silbidos, el gran rápido hiende la noche y avanza hacia lo desconocido... Tendida en el asiento, Minnie piensa antes de dormirse. En el pasado remoto, allá, hacia atrás, se anublan las figuras de la madrina y de Max, y la silueta descolorida de la señorita Noemia. Pero mañana abrazará á su papá, y dentro de tres días estará en los brazos de su madre. ¡Se hallará en Constantinopla!.. El corazón de Minnie se estremece en su pecho... ¡Oh!, que vaya más aprisa, más aprisa aún, el gran tren que devora el espacio. La tierra de luz está allí, la tierra milagrosa en que los minaretes yerguen sus cúpulas; la tierra de los hombres que llevan turbante y de las mujeres extrañamente veladas; la tierra que arrullan las aguas de zafir del Cuerno de oro. Todo eso pertenece á Minnie. Todo eso la espera. El Oriente la llama. Abre y cierra las manos para cogerlo. Los presentes de la vida están preparados. Ella está impaciente por precipitarse sobre ellos como sobre cosa propia... Y, sonriente, Minnie se duerme llena de azul y de luz. Y cada vuelta de rueda de la locomotora jadeante la acerca al país luminoso donde nace el sol.

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

LOS REYES DE BULGARIA EN PARÍS. (Fotografía de M. Rol.)

El rey Fernando I de Bulgaria y la reina Leonor han permanecido cinco días en la capital de Francia, adonde llegaron el día 23 del mes pasado, siendo recibidos en la estación por el presidente de la República y su esposa, el gobierno presidido por el Sr. Briand, comisiones de las cámaras, altos funcionarios, miembros de la legación y una nutrida representación de la colonia búlgara.

Los soberanos se hospedaron en el palacio del ministerio de Negocios Extranjeros, ocupando las mismas habitaciones que han habitado, en ocasiones distintas, los reyes de Italia, Dinamarca, Noruega, Portugal y España en sus visitas oficiales á París, y que esta vez habían sido amuebladas con muebles de la familia de Luis Felipe, último rey de Francia, y de quien es nieto Fernando I.

Poco después de su llegada, los soberanos visitaron al presidente de la República y á los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, y por la noche asistieron al banquete de gala que se dió en su honor en el Elíseo y á la velada literario-musical que le siguió y en la cual tomaron parte los artistas líricos señoras Grandjeán y Nuovina y Sres. Delmás, Beyle y Dufranne, las actrices señora Bartel y señorita Provost y el actor Sr. Berr.

Al día siguiente, visitaron los famosos rosales de Bagatelle, dieron en su residencia un almuerzo al presidente del Consejo y á otros personajes oficiales franceses y búlgaros, recibieron á los miembros de la colonia búlgara de París y concurren á una brillante recepción en la Casa Consistorial y á un banquete en el ministerio de Negocios Extranjeros.

La tercera jornada dedicóla Fernando I á presenciar las maniobras militares que se efectuaron en el campo de Cha-

mann el uno y el otro por el teniente Fequant, uno de los triunfadores del famoso raid Chalóns-Vincennes.



El rey Fernando I de Bulgaria y el presidente de la República francesa Sr. Fallieres

Aquel día, la reina Leonor, que no acompañó á su esposo, visitó, por la mañana, el museo del Luxemburgo, la iglesia de Nuestra Señora, la Santa Capilla y la Conserjería; y por la tarde, acompañada de la señora de Fallieres, el hospital-escuela de enfermeras de la Unión de las Mujeres de Francia, el hospital de las Damas Francesas, de Auteuil, el de la Sociedad de Socorros á los heridos militares y la escuela de enfermeras de la Salpetriere. La reina se interesa mucho por esta clase de establecimientos, sobre todo por los de la Cruz Roja, pues como enfermera de la Cruz Roja rusa hizo la campaña de la Mandchuria.

El domingo, día 26, estuvieron en Longchamp, en compañía del presidente de la República y de su esposa, presenciando la famosa carrera del Gran Premio; y por la noche, después de una comida íntima dada en el palacio presidencial en su obsequio, asistieron, acompañados también de los señores de Fallieres, á la función de gala de la Opera, cuya sala, hermosamente adornada con flores y llena de una concurrencia distinguidísima, ofrecía un aspecto deslumbrador.

El rey Fernando visitó el día 27 el palacio de Versalles, visita que hace tantas cuantas veces va á París, la Cámara de Diputados y el Museum, y la reina Leonor el museo Car-

nalet. Por la noche, SS. MM. dieron un banquete y una recepción en honor del presidente de la República. Los soberanos búlgaros salieron el 28 de París, cuya población les ha prodigado sus manifestaciones de respeto. - S.

HANDICAP y STEEPLE-CHASE

Dos preciosas oleografías del malogrado artista D. Horacio Lengo

Nueva tirada ofrecida á los señores subscriptores de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA con el 50 por % de rebaja en el precio.

Precio de las dos oleografías: 3 pesetas * PRECIO PARA NUESTROS SUBSCRIPTORES: PESETAS 1'50

Puede hacerse el pedido directamente á esta Casa editorial, ó por medio de nuestros corresponsales.

A los pedidos que se nos hagan de provincias les cargaremos el importe de franqueo y certificado.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

MEETING DE AVIACIÓN DE RUÁN. (De fotografías de M. Branger.)



Bathiat, en biplano Breguet, que á consecuencia de un accidente hubo de retirarse definitivamente del meeting.

El día 19 de los corrientes comenzó el meeting de aviación de Ruán, que se celebró en el grandioso aeródromo bautizado con el nombre de Bruyere-Aviación, y en el que varios aviadores, muy conocidos unos, otros nuevos ó poco menos en el mundo de este deporte, se han disputado premios por valor de 200.000 francos.

Como hemos hecho en otras ocasiones análogas, desistimos de hacer una explicación minuciosa de los diferentes ejercicios efectuados por los aviadores: ha habido vuelos de gran velocidad, de duración extraordinaria y de considerable altura, y todos los que en el meeting han tomado parte han hecho proezas.

Uno de los espectáculos más interesantes que allí han podido admirarse ha sido el de ver volar á la vez catorce aparatos: los monoplanos de Latham, Harriot, Audemars, Morano, Cattaneo y Dubonnet y los biplanos de Dickson, Bruneau de Laborie, Chavez, baronesa de Laroche, Effimoff, Verstraeten, Paillette y Christiaens. Por cierto que este vuelo simultáneo de tantos aparatos estuvo á punto de ocasionar un grave accidente al aviador Morano, quien pudo afortunadamente salvar el peligro gracias á su admirable destreza y á su gran sangre fría.

No fué tan dichoso Bhatiat, quien, el tercer día, sufrió una caída desde una altura de treinta y cinco metros. El biplano Breguet, que en distintos vuelos había llamado la atención por la facilidad y elegancia con que se movía en el aire y por la docilidad con que obedecía á la dirección del piloto, quedó totalmente destruído; el aviador salió del lance con unos ligeros



Verstraeten, en biplano Farman que á consecuencia de un accidente hubo de retirarse del meeting

Cattaneo, en monoplano Bleriot, que ha ganado el premio de la velocidad, el segundo de la distancia sin escala y el segundo de la totalización de distancias.

rasguños, pero la destrucción del aparato le impidió seguir tomando parte en el meeting.

El cuarto día, el tiempo era tempestuoso, por lo que muchos aviadores no quisieron elevarse; otros, más osados, se empeñaron, á pesar de todo, en volar. Entre éstos estaba la baronesa de Laroche que, después de haber dado, á la altura de veinte metros, dos magníficas vueltas á la pista, fué cogida por un remolino de viento y cayó aparatadamente, aunque sin hacerse el menor daño, porque, antes de tocar al suelo, logró, merced á una hábil maniobra, restablecer el equilibrio del aparato y evitar la violencia del choque.

También Verstraeten tuvo una caída durante la prueba decisiva del gran premio de la velocidad; su biplano Farman sufrió grandes desperfectos, pero él no se hizo ningún daño.

El gran premio de la velocidad lo ganó Cattaneo, que recorrió 10 kilómetros en 7 minutos, 20 segundos; Latham, Dubonnet, Christiaens y Harriot emplearon 7' 26", 7' 59", 8' 10" y 8' 15" respectivamente.

Los demás premios han sido adjudicados en la siguiente forma: De la distancia sin escala: 1.º Dickson (141 kilómetros en 2 horas, 27 minutos); 2.º Cattaneo (117 kilómetros en 1 hora, 10 minutos). - Premio de los pasajeros: 1.º Effimoff (182 kilómetros); 2.º Morano (157 kilómetros); 3.º Dickson (141 kilómetros). - Premio de altura: Morano (541 metros). - Totalización de las distancias: 1.º Dickson (747 kilómetros); 2.º Cattaneo (735 kilómetros); 3.º Latham (521 kilómetros); 4.º Dubonnet (507 kilómetros); 5.º Harriot (459 kilómetros); 6.º Audemars (261 kilómetros).

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PUREZA DEL CUTIS - LAIT ANTÉPÉLIQUE - LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES. Pone y conserva el cutis limpio y terso. Casa CANDÈS, 14 St-Denis, 16 Paris

ANEMIA + CLOROSIS APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS Las Auténticas PILDORAS DE BLANCARD de Paris (2 á 6 al dia) no se venden sueltas EXÁNJASE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE JARABE DE BLANCARD Inalterable (2 á 3 cucharadas al dia) DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES LEUCORREA + DEBILIDADES

AVISO Á LAS SEÑORAS EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS F. G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN